

EL ESPEJO DE LA TIERRA

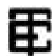
JOHNNY GARLAND

Colección ESPACIO

El espejo de la Tierra

por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito Legal: B. 573 - 1962

Núm. de Registro: 6.781 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



Capítulo primero

«ASÍ EMPEZÓ…»



Sí empezó.

Pero yo no lo sabía. Nadie lo sabía.

Fue un principio ridículamente vulgar. En cierto modo, claro. Porque, en realidad, de vulgar solamente tuvo lo que es cotidiano en cualquier persona. Esa hora terrible del despertar. Cuando uno, aún con la mente y los ojos cargados de sueño —por haber trasnochado más de lo debido, ésta es la verdad— siente deseos de estrellar el despertador contra el muro. Luego, recuerda que le costó un puñado de dólares poseer un buen reloj que suene a la hora exacta, y con la exacta discordancia y estridencia como para hacerle botar a uno igual que si todos los diablos del Averno le pincharan, y se pierde esa ansia destructiva dirigida al pobre, sufrido,

despertador, simple robot de nuestro ingenio creador, sencillo instrumento del hombre que quiere ser despertado a cierta hora de la mañana, que nunca es, por cierto, lo bastante buena para uno.

Así empezó todo para mí.

Con un despertar. Con un despertador. Y con la irritación normal de cualquier ser humano, que se sienta y reaccione como realmente humano que es…

* * *

Me llamo Peter Green. Comandante Peter Green, del Departamento de Experiencias Biológicas y Psicológicas del Gobierno de los Estados Unidos.

A cualquiera que se le diga eso, imaginará que uno es un tipo gordo, maduro, de poco pelo y mucha barriga. No le culparé a quien tal cosa suponga. Tiene toda la razón para ello. Pero no está en lo cierto.

Soy joven. Muy joven para mi cargo. Llegar al mismo me costó años de estudios intensivos, un desprecio absoluto por las diversiones de los colegas y amigos de mi misma edad, y una total entrega, una dedicación rotunda a mi tarea experimental y científica, dentro de mi complejo Departamento.

Contemplado en un espejo, soy un tipo realmente aceptable por cualquier exigente dama. Tengo el cabello rubio, abundante, y produce un efecto muy fotogénico, al contrastar con el broncíneo de mi piel y el verde de mis ojos. Eso de fotogénico no me gusta a mí. Le gusta a las chicas. Y el Departamento supone que un importante funcionario de nuestra sección debe gustar tanto a las chicas como producir impresión de seriedad, firmeza y sentido común en los hombres. Por lo visto, yo reúno en mi esas dos sorprendentes cualidades. No alardeo de ello. Juro que soy totalmente ajeno a una y otra.

En fin, creo que todo lo más importante está dicho sobre mí. ¡Ah, no! No todo lo importante, lo confieso. También existe algo más. Una muchacha bonita e inteligente, que trabaja conmigo. Se llama Connie. Connie Robson. Mi auxiliar en el Departamento.

Muchos aseguran que Connie me gusta. Es falso. Nunca me fijé mucho en ella. Sé que es bonita, como puedo saberlo de cualquier

otra chica que pase por la calle. Y sé que es inteligente, porque trabaja conmigo, y es eficiente, activa, sagaz y muy viva.

Eso es todo. Entre Connie Robson y yo no hay otra relación que la puramente profesional, la que nuestra labor exige. Pero la he citado porque ella también tuvo su parte en la historia.

Y, como les dije al principio, la historia empezó con el timbrazo del despertador, que me arrancó de mi profundo sueño…

* * *

Me había acostado tarde. Muy tarde. Apenas me había dormido. Y de repente…

¡Rrrriiinnnggg!

Sonaba así. ¿Qué diablos puede importarme que luego el dichoso reloj cambiara su odioso, repelente timbrazo, por una bonita melodía sincopada, de viejo estilo, capaz de templar los nervios a cualquiera que realmente no tuviera nervios?

Lo verdaderamente terrible es que me había despertado. Me incorporé, jurando entre dientes. No recuerdo lo que juré. Pero aunque lo recordase, creo que no podría reproducirlo ahora aquí, en estas notas. No estaría bien.

Bueno, lo cierto es que desperté. Y que juré, claro. Después, sucedieron otras cosas. La primera, que la bonita melodía sincopada tuvo el mal gusto de interrumpirse con nuevos y secos timbrazos, capaces de poner los pelos de punta a cualquiera. Y capaces, por supuesto, de impedir que uno se durmiera benditamente a los lentos y suaves acordes de la melodía.

Me incorporé por fin en el lecho. Miré la hora en la esfera luminosa, exagonal. Las siete menos cuarto…

¡Las siete menos cuarto!

Entonces sí que salté como un tigre. Alcancé milagrosamente las zapatillas, me restregué los ojos, cargados de sueño, y procuré olvidarme de mi mal humor. Todo era relativamente fácil, menos esto último. Seguí malhumorado, recordando la orden del día:

«A las siete en punto, en el Pabellón de Experimentos, pruebas de Psicología y de Reflejos Mentales, bajo la supervisión técnica del Alto. Mando Federal.»

Faltaban menos de quince minutos. Magnífico. En quince

minutos tenía que afeitarme, ducharme, vestirme con cierta dignidad y volar hasta el Pabellón de Experimentos, situado a dos mil millas de mi casa.

Esto último, aun en una época tan avanzada como lo era aquel año de gracia de 1975, resultaba bastante justo, por no decir imposible. ¿Cómo diablos pude poner esa hora, al llegar la noche antes a casa?

¿La noche antes he dicho? Bueno, no era tampoco eso, exactamente. Yo entré en mi alcoba a las cinco de la mañana. Puse el reloj, me acosté… Y una hora y cuarenta y cinco minutos más tarde…, ¡arriba, comandante Green!

Y arriba. Ya estaba en pie. Ya me afeitaba. Ya había pasado fugazmente por el chorro de agua helada de la ducha. Ya estaba uniformado, rígidamente dispuesto. Aquel día, el repartidor de leche y el de prensa debían de andar retrasados. No había periódico ni botella de leche ante mi puerta.

Lo lamenté profundamente, porque me preocupaba la nueva crisis de Berlín. Me explicaré. Hubo ciertas crisis en el Berlín hitleriano, hace muchas décadas. Otra crisis posterior, cuando Berlín era Oriental y Occidental.

Ahora no sucedía nada de eso. La III Guerra Mundial, estúpida y torpe, como todas las guerras, en especial las mundiales, había quedado atrás. No resultó tan grave ni terrible como muchos presagiaban. Nadie tiró cosas atómicas ni nada de eso. Pero tampoco fue demasiado bonita.

No importa quién ganó. Creo que en definitiva, no ganó nadie. O, como siempre sucede, el que perdió fue quien, a la larga salió ganando y luego lo pasó estupendamente, mientras los vencedores sufrían la dura y agria posguerra.

Pero, a pesar de todo, Berlín sigue existiendo. Y sigue existiendo, por tanto, la crisis. Así es Berlín. Después de todo, nos anima las épocas aburridas. A veces, quizá demasiado.

Ya no pienso más en Berlín. Tengo que salir a la calle, acudir al Departamento, al Pabellón Experimental. Diablo, acabaré llegando tarde. Y ahora no será por culpa del despertador ni de mi hábito maldito de trasnochar. La culpa la tendrá Berlín…

De modo que me olvidé de todo eso, abrí la puerta de mi vivienda, en el Bloque Diecinueve de la Sección Ochenta y Siete del

Nivel Treinta y Dos de Nueva York. La cosa, dicha así. parece complicada. Pero ustedes, que viven en mi misma época, este bendito 1975, que inicia el último cuarto de siglo, lo entienden bien. Así son las ciudades ahora. Por suerte, el correo viene grabado en cintas magnéticas. Si no, ¿quién escribiría todo eso en un viejo, caduco y trasnochado sobre?

Creo que el verdadero principio fue entonces. Al menos, para mí.

Una cosa es que el lechero no hubiese venido. Otra que el repartidor de periódicos no me hubiese dejado el habitual ejemplar del «American Sund». Pero esto era diferente. Terriblemente diferente. Aterradoramente diferente, diría yo…

La ciudad estaba ante mí. Igual que siempre. Con sus mismas calles, sus edificios de siempre, su aspecto limpio, blanco, esterilizado y aséptico de siempre, que le daba esa inhumana frialdad que todas las ciudades poseen hoy en día en el mundo, sea cual sea la latitud de su emplazamiento.

A las seis se levanta el ciudadano medio. Al menos, en nuestra época. A las siete, las calles rebosan de gente que va a su trabajo. Utilizando las bandas magnéticas de automatismo, o los turbocars o lo que les dé la gana. Pero están en la calle.

Era lo que yo veía cada día al salir de casa.

Hoy no.

Vi la ciudad, sí. Pero una ciudad desierta.

Simplemente, no había nadie. Nadie en las calles, nadie en los vehículos, nadie en las ventanas. Los coches no se movían, las cintas magnéticas se deslizaban estérilmente, sin persona alguna sobre ellas.

En resumen, no había persona alguna en la ciudad. Nadie…, excepto yo.

* * *

Claro que eso era solamente una impresión.

Cuando lo pensé me hizo gracia. Una ciudad no se queda desierta súbitamente, así como así. Por lo menos, nunca había sucedido antes. Y lo que nunca ha sucedido, tiene muchas probabilidades de que nunca suceda, mientras no se demuestre lo

contrario.

Ceñudo, medité sobre una posibilidad muy aceptable. Debía de ser fiesta, una de esas fiestas que para los técnicos y militares no existen, cuando están dedicados a su tarea. Pero que para el resto de los mortales, dedicados a sus tareas civiles, perfectamente burocráticas y monocordes, o simplemente de servicio del prójimo, son muy dignas de tenerse en cuenta.

Eché a andar, pues, hacia una de las pistas magnéticas, de movimiento automático, que me trasladase hasta la más inmediata parada de aerovías. Lo malo es que la pista magnética no funcionaba.

Durante las noches, si tenían alguna reparación que hacer, las inmovilizaban. Luego, por la mañana, funcionaban de nuevo. Aquel día debía de ser especial. Porque no funcionaban. Yo oprimí el resorte de emergencia. Teóricamente, servía para poner en marcha nuestras modernas aceras automáticas, que le privaban a uno de la molestia de andar.

Sólo teóricamente, claro. Porque aquello siguió sin moverse bajo mis pies.

—Delicioso —me dije, consultando mi reloj. Faltaban cinco minutos para la hora del experimento en la Base. Juré por lo bajo, feamente. Iba a llegar tarde. Y lo malo es que mis jefes no se creerían una palabra de aquello.

Opté por caminar hacia la parada de aerovías. Seguía sin ver a nadie, sin percibir otro sonido que el de mis pasos, sobre el pavimento de la desierta ciudad.

Podía ser una huelga, aunque no sabía yo nada acerca de problemas con salarios o cuestiones laborales. Todo eso se había superado hacia años, a no ser que eso también fuese teórico.

Seguí caminando. Llegué a un aerovía suspendido de la vía urbana. Ascendí al vehículo colgante, me acomodé ante el volante. Eché las monedas de alquiler del aerotaxi, y el motor funcionó. Menos mal. Moví el volante, arranqué.

Desfilé sobre una ciudad ingente. Nueva York fue siempre enorme, pero entonces lo era más aún. Todas las ciudades del mundo habían crecido mucho últimamente. Pero aquella ciudad ingente, cuajada de millones de seres, parecía dormida. O muerta.

Muerta… La idea no me gustó en absoluto. Pero no veía a

persona alguna. Todo estaba silencioso, todo quieto. Ni un ser viviente por las calles… Pensé en otra posibilidad. Sí, sería eso. Un ensayo de bombardeo nuclear. Luego, yo mismo me negué eso. Era algo que yo hubiera conocido perfectamente con antelación.

Me pasé una mano por la frente. Estaba sudando. Yo no acostumbro a sudar. Detuve el aerovía, no lejos del 21st. Century Building, el más hermoso y moderno rascacielos de la urbe, con sus doscientos quince pisos y su estructura de plástico y vidrio, realmente impresionante.

Miré abajo, a mis pies. Nadie. Nadie en ninguna calle. Ni siquiera un perro en los recipientes de basura. Ni un coche en movimiento, ni una voz, ni una ventana animada, nada de nada.

Empecé a tener miedo. No sabía por qué, pero tenía miedo. Avancé un poco más con el aerovía-taxi. Al diablo el experimento militar y todo eso. Esto podía ser más importante. Y más grave. Mucho más grave.

Detuve el vehículo en una parada. Descendí. Ahora corrí hacia un edificio. Entré en él. No había portero, ni ascensorista ni nadie. Subí al primer piso. Llamé en una puerta. Y en otra Y en otra…

No contestó nadie Aporreé las puertas, con igual resultado. Eso se repitió en un piso, en otro en otro…

Retrocedí a la carrera, volví a la calle. Me planté en medio de la calzada. Grité:

—¡Eh! ¡Escuchen! ¡Óiganme todos! ¡Vamos, salga alguien! ¡Es una orden! ¡Es una orden, dejen de hacer estupideces!

Era como chillarle a las arenas del desierto o a las ruinas de una antigua ciudad romana. Estaba gritando a la nada, al vacío, a la muerte, en pleno Nueva York, en las horas primeras de una mañana apacible y normal, idéntica a otra cualquiera…

Recorrí varias calles estérilmente, siempre con el mismo resultado. Una vez escuché un sonido. Corrí a la desesperada, penetré en una calle larga y amplia. El ruido sé repetía. Era metálico.

Por fin encontré la causa. Me detuve desalentado, abatido. La muestra de un establecimiento se había desprendido ligeramente de su soporte. Era una esfera con un nombre: «Rock's Joyería». La Esfera representaba, vista más de cerca, una enorme esmeralda. Al oscilar, sin uno de sus soportes, rozaba la barra metálica de los

toldos, produciendo aquel sonido.

Irritado, me acerqué al escaparate, cuajado de piedras preciosas, de joyas costosas. Tal vez fuese una solución. Alguien acudiría si hacía aquello. Y lo hice.

Rompí el vidrio, penetró mi mano, tras el estruendo, y sacó las joyas más valiosas. Las hundí en mis bolsillos. Y grité, mientras rebosaban mis ropas de piedras preciosas, oro y plata.

—¡Estoy robando! ¡Estoy desvalijando la joyería! ¡Vamos, arréstenme! ¡Tiene que haber un policía aquí!

Por supuesto, tenía que haberlo. El Precinto estaba allí, a menos de veinte metros. Tan desierto como la joyería, como la ciudad…

Pero nadie acudió.

Me aferré las sienes, enfurecido. Saqué las joyas de mis bolsillos, las tiré por el suelo… Todo fue igual. El cemento, el asfalto, el cristal, los metales y los plásticos de construcción no pueden moverse, por muchas tonterías que uno haga y diga.

Desalentado, cansado, me senté en el bordillo de la acera. Encendí un cigarrillo, traté de reflexionar. Si no obraba fría, razonablemente, todo estaría perdido. La razón es algo más frágil de lo que parece. Y el más frío y sereno de los hombres puede volverse loco si algo así le sucede.

Reflexioné sin pasión, sin temores. La ciudad estaba desierta, era obvio. No había allí nada con vida. Ni seres humanos, ni animales, ni insectos. Solamente yo…

Yo solo en una ciudad muerta… Acaso una desintegración total, de la que por un milagro inaudito me salvé yo. Podía ser. Seguramente lo era, aunque no sabía cómo. Me levanté, dominando mi terror interno. Lo hice bastante bien. Caminé serenamente hasta el aerovía. Subí a él, lo puse en marcha. Serena, glacialmente casi.

El vehículo arrancó.

Para algo tenía uno cerebro. Si sólo dejaba hablar a mis nervios, a mí imaginación, estaba perdido. Yo, Peter Green, único superviviente en Nueva York, de un caos atroz, debía tener serenidad absoluta. O todo estaría perdido realmente.

No sé lo que sucedió. Creo que me dormí sobre el volante, mientras avanzaba por la ruta aérea. Después de todo, había dormido poco. O tal vez no fue sueño, sino un simple descuido o un raro lapso de inconsciencia. Lo cierto es que no advertí el aerovía

que habían dejado aparcado peligrosa y antirreglamentariamente en un cruce de vías.

Cuando lo advertí, era tarde. Fui a estrellarme directamente contra él…

Grité, pero no acudió tampoco nadie. El aerovía que yo ocupaba produjo un impacto agrio, violento, y se arrugaron sus planchas de plastmetal estrepitosamente. Rodé por el vehículo, me golpeó el volante en el rostro y el cráneo.

Perdí el conocimiento. O empecé a morir. No lo podía saber. Ya no sabía nada. Ni siquiera en el hecho de que me había ocurrido lo más estúpido y torpe del mundo: estrellarme con otro coche, en una ciudad muerta, sin un solo ser humano en torno…

Así era de desgraciado yo, Peter Green, comandante del Departamento de Experiencias Biológicas y Psicológicas del Gobierno de los Estados Unidos.

Capítulo II

¿QUÉ SUCEDIÓ?



ARECE que ya vuelve en si…

—Por fortuna, Green tuvo siempre la cabeza bastante dura. No es fácil que le mate un accidente vulgar.

—Dejaos de bromas. Pudo haberse matado. Creo que más que una cabeza dura, tiene mucha suerte. Si hubierais visto el coche… Quedó hecho un acordeón.

—No sé cómo diablos le pudo ocurrir. El ocupante del otro vehículo asegura que realizaba el cruce perfectamente, cuando se le vino encima el comandante. Según declara, Green parecía no ver lo que sucedía ante sus narices…

Todo eso se estaba hablando ante él. Y cesó cuando Green ge agitó un poco en el lugar donde yacía,

Se interrumpieron las conversaciones. Reinó el silencio. ¡Silencio!

Green, excitado, se olvidó del dolor de su cabeza, de todo su cuerpo, y brincó materialmente, incorporándose y clavando sus ojos dilatados en el lugar donde estaba.

—¡No! —aulló—. ¡No quiero estar solo otra vez!

Pero no estaba solo. Varias manos le aferraron. Manos amigas,

que sujetaron sus brazos y hombros, que le empujaron, obligándole a tenderse de nuevo en el lecho. Peter Green vio rostros conocidos, sonrientes, amistosos. El teniente Garland, el coronel Brooks, el capitán Baker, el mayor Strudell… Todos sus amigos de siempre, sus compañeros de experiencias científicas y militares. Respiró tranquilo. Pero jadeó aún mientras se hundía en la muelle almohada.

—No… no quiero quedarme solo… No os vayáis… El silencio… el silencio es… es horrible…

Asintió uno de ellos, el mayor Strudell, con una sonrisa apacible. Era médico, y experto en psicología humana. Le calmó con voz sedante, suave y convincente:

—Sí, comandante. Descanse ahora, por favor. Todo eso se hablará más tarde. Vamos, repose. El golpe fue fuerte. Duerma, amigo mío…

Peter Green quiso hablar, discutir, objetar algo… Pero Strudell logró serenar su ánimo, darle unos alientos muy necesarios en aquel instante Cayó en un sueño suave, apacible. Se durmió.

El mayor Strudell levantó la cabeza. Miró, sonriente, a sus compañeros.

—Duerme. ¿Vamos, señores? Será mejor dejarle tranquilo. Un enfermero velará aquí, y nos avisará cuando despierte. No podemos hacer otra cosa. A Green le conviene descansar.

—El golpe ha debido de ser más fuerte de lo que imaginábamos —opinó preocupado el coronel Brooks, saliendo de la estancia.

Cerró Strudell suavemente la puerta y pulsó el llamador de servicio sanitario del Pabellón Médico Militar en el Centro de Investigaciones y Experiencias. El grupo de militares se detuvo en medio del blanco, aséptico corredor.

—¿Le oyeron hablar? —dijo el teniente Garland—. Decía… decía que no quería quedarse solo… Que el silencio era horrible…

Strudell asintió. Parecía también preocupado.

—Peter Green es uno de los hombres más serenos, equilibrados y conscientes de nuestro seleccionado grupo —hizo notar—. Por eso me sorprende que el golpe haya podido afectarle. El encefalograma primero era normal, aunque denotaba una excitación mental fuera de lo corriente. Pero eso, a veces, puede provocarlo el propio accidente, en el momento de ocurrir, ya que el que lo sufre, si se da

cuenta de lo que sucede entra en una especie de trance de hipersensibilidad, de terror instintivo, por equilibrado y sereno que uno sea, y por el dominio que de sí mismo pueda tener.

—Todo eso lo sabemos, más o menos, mayor —opinó Brooks—. Pero ¿puede afectar de un modo posterior al paciente?

El mayor Strudell se encogió de hombros, reanudando la marcha por el corredor.

—Eso, señores, nunca se sabe a ciencia cierta…, hasta que ha pasado el período de traumatismo, provocado por el «shock»…

—Bien, caballeros —opinó el coronel Brooks—. Esto nos obliga a demorar las experiencias señaladas para hoy, en unos días más. Necesitamos a Green. Es mejor que él se recupere, para colaborar al éxito de la tarea.

Todos asintieron. Estaban de acuerdo en que los experimentos técnico-militares no debían aplazarse. Pero Peter Green era un elemento humano y técnico muy valioso en el conjunto, para prescindir de él…

—Después de todo, no espero que sea nada importante— remachó el mayor Strudell, resolviéndose por fin a emitir un juicio concreto.

Pero el mayor Strudell se equivocó.

* * *

La aguja terminó de trazar las líneas que reflejaban el estado mental de Peter Green. Strudell, ceñudo, alzó la cabeza. Miró a Peter.

—Su estado mental es bueno, comandante —dijo.

—Gracias —replicó secamente Peter—. Lo sabía, antes de que usted hiciera ese test.

—Tengo que hacerlo. Es mi deber y usted lo sabe, Peter.

—Su obligación médica es la de hacerme una prueba, no cinco, como lleva en dos días.

—Me obliga usted a ello, Peter. El coronel Brooks ha ordenado que se le examine minuciosamente, hasta comprobar que no padece alucinaciones ni confunde la realidad con la ficción.

—¿Ficción? ¿Cree que es ficción lo que he dicho?

—No es que lo crea —Strudell se sentó al borde de su lecho—.

Es que estoy seguro, Peter. Usted no es un niño, dése cuenta. Ni un hombre vulgar. Es un hombre elegido por el Departamento, a causa de su gran capacidad física y mental para toda clase de experiencias importantes. No puede defraudarnos ahora, por un simple accidente.

—Espere, Strudell —le atajó Peter, alzando una mano—. ¿Sugiere que todos creen que he mentido?

El mayor se incorporó. Dio unos pasos por la estancia, se detuvo de repente en medio de ella, dio media vuelta brusca y se encaró con Green irritadamente.

—¡Por Dios, no haga más difíciles las cosas, Green! ¡Según ese electrocardiograma y el encefalograma correspondiente, su estado es completamente normal! ¡Pero no puedo ir a la Comisión Científica asegurándoles eso…, mientras usted habla de una ciudad sin gente, sin vida, y de un robo de joyas, cometido por usted en pleno centro de Manhattan, el día del accidente, y sin que en toda la ciudad hubiera una persona, un animal o un ser vivo de ninguna especie! ¿No se da cuenta de que es un disparate, una alucinación provocada por su trauma, o cosa así?

—No, mayor. No es eso —cortó, tajante, Green—. Todo eso sucedió antes del accidente.

—¡Cielos, no! —Strudell se cubrió el rostro con ambas manos, exasperado—. ¡No es posible que usted… ¡Usted, precisamente, Green…, el hombre en quien confía el Departamento, el Pentágono, la Ciencia…, nos falle de ese modo!

Peter Green, hermético, mantuvo su mirada en Strudell. Sostuvo, con voz firme, dura:

—Siempre supe diferenciar la realidad de lo que no es cierto, mayor. Yo sé que lo que sucedió fue cierto. No son cosas que se sientan o se imaginen, sino que se viven, ¿lo entiende?

—En un hombre vulgar, eso le abriría las puertas de un sanatorio psiquiátrico —le avisó Strudell, también con cierta dureza.

—En ese caso, mayor, tendré que empezar a pensar que no son los locos los recluidos en tales establecimientos, sino quienes les metieron en ellos… —dijo con fría ironía Green.

Strudell respiró con fuerza. Parecía furioso. Furioso con Green y consigo mismo. Avanzó a grandes zancadas hasta el ventanal de la

cámara del hospital. Rápido, con un gesto violento, tiró de las persianas graduables. Abrió de par en par las grandes vidrieras.

El sol penetró a raudales en la estancia. Green parpadeó, deslumbrado, tras la repentina alteración de las penumbras interiores en que descansaba. Luego clavó la mirada en el exterior, mientras el mayor Strudell gritaba con voz clara, potente:

—¡Mire eso, Green! ¡Grabe esa imagen en su retina, maldita sea! ¡Vea la ciudad al fondo! ¡Es Nueva York! ¡Sigue en el mismo sitio donde estuvo siempre, vea su cielo, surcado de aerovías, de turbocars, contemple la Base, con la vida de siempre! ¡Más aún, Green! ¡Usted asegura haber recorrido viviendas, establecimientos! ¡A ver, use el teléfono! ¡Le autorizo a hacerlo! ¡Vamos, Green, telefonee a alguien! —señaló casi rabiosamente el aparato telefónico—. ¡Elija número, diga a quién quiere llamar!

Un silencio. Peter Green había enarcado las cejas. Su mirada pasó del exterior a Strudell, luego al teléfono. Y, finalmente, de nuevo a Strudell. Habló roncamente:

—Por favor, déme el listín telefónico. Elegiré yo el número…

Strudell suspiró con enfado, buscó bajo la mesita de tablero de cristal donde reposaba el teléfono. Tendió a Peter el listín de teléfonos de Manhattan.

—Si quiere el de Nueva Jersey, Queens, Harlem…

—No, no. Éste sirve. El número que busco está en Manhattan, mayor —sonrió Green.

Abrió el libro, rebuscó en la letra R. Por fin, su sonrisa se amplió. Había hallado lo que buscaba. Descolgó el teléfono. Llamó.

—Hay cosas que pueden ser imaginadas, mayor —dijo, mientras esperaba a que alguien respondiera a su llamada—. Pero no otras…

—¿Dígame? —habló una voz, al extremo del hilo.

—Oiga, ¿es la Joyería Rock's de la Avenida Doce, Bloque 32? —preguntó ávidamente Peter Green, en tanto el mayor Strudell, lentamente, se aproximaba a él, con expresión intrigada.

—Sí, aquí es, señor. ¿Quién llama por favor?

—Deseo preguntarles algo. Yo soy el responsable de la rotura de su escaparate hace tres días, por la mañana.

—¿La rotura, señor?

—Sí, sí. Yo me llevé las joyas del escaparate, tras romper el cristal. Pagaré los daños y pérdidas correspondientes. ¿Desean mi

nombre y dirección, o prefieren que les envíe el cheque por el importe de sus pérdidas? Díganme la cifra, por favor.

—Perdone, señor, pero evidentemente sufre usted un error. Ésta es Rock's, la joyería situada en…

—Sé dónde está situada. Frente al Precinto de la Avenida Doce, ¿no es eso?

—Pues sí, señor. Pero sigue en un error. No se nos ha roto vidriera alguna en los escaparates desde hace más de un año. Y no hemos sufrido robo o pérdida alguna de joyas.

—¡Eso es imposible! ¡Yo mismo rompí el cristal, saqué las joyas, las tiré por la calzada…!

—No pretendo discutirle eso, señor. Tal vez fue en otra joyería, no aquí…

—¡Espere! —aulló Green, lívido, estrujando el teléfono furiosamente entre sus dedos—. Espere… Tiene que decirme algo… ¿Y la muestra de su fachada, la esmeralda casi esférica donde tienen el nombre de la joyería? ¿Sigue suelta una de las piezas, y golpea aún con la barra del toldo?

—Pues… ya no, señor. Eso fue reparado ayer. Ya no golpea. Hacia un ruido desagradable, señor. Pero en lo referente a su petición, no puedo atenderle. Le repito que no hemos perdido joya alguna en mucho tiempo. Y, mucho menos, sufrimos rotura de escaparates… Evidentemente, fue en otro lugar. Gracias, de todos modos, señor.

Colgaron. Quiso gritar, gritar más, jurar mil veces que no había otro lugar. Que él hizo el destrozo en Rock's…

—Vamos, Green, no se excite así —Strudell le quitó suave pero enérgicamente el teléfono de los dedos, devolviéndolo a su soporte —. ¿Está convencido ahora de que tuvo una simple alucinación, un sueño o cosa así?

—¡No! ¡No! —rugió Peter—. ¡Fue allí! ¡Ocurrió, Strudell! ¡Yo sé que ocurrió! ¡Jamás me fijé antes en Rock's…, y sin embargo, es cierto que tenía averiada la muestra y golpeaba metálicamente! ¡Era el único ruido de la ciudad!

Strudell, exasperado, se encaminó a la puerta. Avisó al enfermero, que entró. Luego, volvióse a Green.

—Lo siento. Lo siento muy de veras, comandante —dijo con fría y profesional entonación—. Pero tendrá que seguir aquí, sometido a

observación. Y mi informe al Comité de Experiencias sobre su estado mental seguirá siendo negativo…

Cerró tras de sí. Peter Green, furioso, golpeó con sus puños en el embozo. El enfermero avanzó rápido. Llevaba algo en la mano. Antes de que Green pudiera evitarlo, le había clavado una aguja hipodérmica en el brazo. Forcejeó irritado, pero el enfermero le calmó, con energía no exenta de cierta corrección.

—Vamos, vamos, señor. Cálmese. Descanse, señor. Será bueno para sus nervios. Muy bueno… Descanse, señor…

Se dejó caer en la almohada. Se durmió lenta, serenamente. Con la imagen de una muestra de metal, en forma de esmeralda tan llena de facetas que parecía esférica, desprendida de uno de sus resortes, golpeando rítmica, enloquecedoramente, la vecina barra metálica del toldo.

Capítulo III

INCÓGNITA

REO que se encuentra mucho mejor, comandante. No sabe lo que eso nos satisface a todos.

—Gracias, Connie. ¿Le han dicho esos tiranos ya cuándo van a dejarme suelto? —sonrió Peter Green, probando uno de los dulces que Connie le había traído.

—Pues creo que no me lo dijeron, pero capté algo.

—Connie Robson siempre tan sagaz —suspiró Green—. ¿Qué sería de mi sin usted?

—Por lo que veo, si yo no estoy a su lado, se mete en complicaciones serias —rió ella—. Les ha dado mucha guerra, al parecer. Pero ahora es un buen chico. Ha vuelto a la normalidad. Parece que le soltarán de este encierro mañana.

—Mañana…— Green entornó los ojos—. Dios mío, me ha parecido un siglo esta semana.

—Lo comprendo, comandante. Siempre sucede así cuando uno está encerrado. Y más aún en los centros sanitarios. En vez de pensar que actúan en nuestro favor, pensamos que pretenden esclavizarnos o encerrarnos para siempre. Una vez tuve que ser operada de una cosa insignificante, y sé lo que sufrí.

Peter Green miró a su joven visitante. Connie era muy bonita. Claro que él la veía de un modo impersonal, como a la auxiliar femenina que el Departamento le había asignado en sus tareas. Pero siempre agrada que esa auxiliar, además de joven e inteligente, tenga unos ojos tan bellos, un cabello tan rojo y bien cuidado, una boca tan carnosa y bien dibujada, y una figura tan esbelta y espléndida.

—De todos modos, esto se ha terminado ya —dijo Green—. Esos necios me han dado de alta. O están a punto de darme.

—Dios mío, comandante, no hable así, o le dejarán aquí para siempre —rió ella.

Peter también rió. Pero en su interior no sentía demasiados deseos de hacerlo. Connie, de pronto, habló, inclinándose hacia él, con aire confidencial.

—Hábleme de todo lo sucedido, Peter. Dicen que aseguraba haberse encontrado usted, durante unos minutos, en completa soledad dentro de la ciudad de Nueva York. No había nadie, no oía ruido alguno, y no existía otro ser viviente que usted. ¿Es cierto eso?

Peter Green iba a responder que sí. Que estaba aún seguro, plenamente seguro de ello. Que cosas así no se pueden sentir tan reales, si se han soñado o imaginado. Y que, de otro modo, nunca hubiera podido chocar con otro vehículo, yendo a parar allí. Pero algo le retuvo. Algo le hizo pensar en la posibilidad de que Connie no era, por una sola vez, sincera ni realmente confidencial. Claro que ella era teniente de la Sección Especial Auxiliar del Cuerpo Experimental. Como soldado, se debía a la obediencia, la disciplina y todo eso. Si le habían ordenado sonsacarle, tenía que hacerlo, por mucho que le repugnara. Y, ciertamente, sonsacaba hábilmente. Pero le estaba repugnando hacerlo, se leía claramente.

—Por unos días he llegado a creer que era cierto —confesó con un suspiro, tratando de indagar, con la mirada, dónde estarían los micrófonos escondidos, para captar su charla desde otra cabina del edificio—. Dice el mayor Strudell que todo eso era obra del estado traumático, posterior al «shock». Ahora veo que tuvo razón.

Le guiñó un ojo a Connie. Ella, desconcertada, vaciló. Luego captó la muda pregunta en los ojos de Green. Sus ojos volaron hacia un búcaro de flores, sobre un mueble.

Green entendió. Meneó la cabeza, con una sonrisa, mientras ella decía:

—Celebro que todo haya pasado, comandante. Su salud mental llegó a inspirar serios peligros a sus jefes. De no curar a tiempo, hubiera precisado un largo internamiento clínico.

—Sí, eso creo —dijo Green, contemplando las flores entre las que habían disimulado el micrófono—. Por fortuna sané a tiempo. Ya no creo tonterías de ésas. Vuelvo a ser el Peter Green de siempre, Connie.

Al mismo tiempo, había tomado un periódico de encima de la mesilla. Y con el lápiz escribió sobre su blanco margen con letra rápida: «Hablaremos en otra ocasión, fuera de aquí, y sin oídos ocultos.»

Le mostró el periódico. Ella asintió, levantándose. Mientras le tendía la mano y hablaba, Peter rasgó el fragmento de periódico donde escribiera, y lo masticó, como si fuese un bombón más de la caja con que le obsequiara Connie Robson.

—Bien, comandante. Hasta mañana, entonces. Todos nos sentimos muy felices de su curación completa. Ojalá no vuelva a suceder nada así. Hace usted mucha falta en el equipo de experimentación de la Base…

Le estrechó la mano con calor, y salió de la estancia. Al cerrarse la puerta, Peter frunció el ceño, miró hacia el búcaro de flores y le hizo un gesto de burla.

Luego reclinó la cabeza, en espera de que llegasen Strudell y los médicos del Pabellón. Ahora se sentirían todos satisfechos, todos contentos. Peter Green volvía a ser el de antes. Admitía que todo fue una alucinación, un efecto imaginativo, que su mente, contusa por el golpe, llegó a aceptar como real.

Después de todo, ¿qué otra cosa podía pensarse? Una ciudad como Nueva York no se vacía en unos minutos, para volverse a poblar minutos después, con absoluta normalidad. Y, aunque eso ocurra, una joyería atacada sigue siendo una joyería atacada, nadie repone la cristalería y niega luego el destrozo, en especial faltando una fortuna en joyas, arrojadas a la calle, que nadie tampoco se cuidaría de recoger y devolver a sus dueños,

Pero, a pesar de todo, Peter no se sentía tranquilo. No podía sentirse tranquilo.

Porque dentro de él quedaba la duda, la terrible incógnita: ¿Había sido alucinación…, o realidad?

* * *

—¿Alucinación o realidad? Pero, comandante, usted…, usted no puede pensar en una cosa así —Connie hizo un gesto en torno suyo, mostró la ciudad, al otro lado del ventanal de aquel establecimiento de Manhattan donde estaban tomando un refrigerio. Miles de personas transitaban arriba y abajo, por las amplias aceras. Gente bulliciosa, sonriente, completamente vulgar, de una normalidad inexorable. Unos entraban en tiendas, otros se paraban en los escaparates, los más eran engullidos por las bocas del Subway o por las escalas automáticas de los aerovías urbanos. Connie habló—: ¿Ve eso? Es la ciudad. Palpita la vida, la gente va y viene incesantemente. Eso no se detiene de repente, no desaparece, no puede quedar en silencio, como muerto. En la ciudad siempre hay uno, dos, cien, mil, que salen a la calle a cualquier hora La ciudad jamás duerme por completo. Además, hay perros, gatos, sonidos, siempre algo que palpita, que late, que respira…

—No en lo que yo vi —dijo roncamente Peter—. Era eso mismo. Esas calles esas casas, esos edificios. Pero no había gente, no había sonidos, no había vida. Sé que es absurdo. Podía haber sido el fin de un caos atómico. Pero no lo era, porque la gente ha vuelto a sus sitios de costumbre. Pudo ser una huelga sin precedentes, una epidemia de sueño colectiva, un simulacro de emergencia nuclear… Pero tampoco es eso. No hubo nada de ello. El día que yo creí ver la ciudad sin vida, salieron periódicos, la gente fue normalmente a sus trabajos. He interrogado a diversas personas, con un motivo aparentemente distinto. Siempre tropecé con el mismo problema, con idéntica incógnita: la vida no se paralizó jamás. Pero yo la vi paralizada por completo. ¿Entiende ahora, Connie? ¿No es para volverse loco?

—No, comandante. Usted es el menos indicado para volverse loco. Su mente tiene demasiado equilibrio, es imprescindible en nuestra labor actual. Ellos le vigilarán seguramente. Si descubren que sigue obsesionado por aquello, que aún pregunta a la gente, empezarán a dudar de usted. Y le dejarán fuera de su cargo. Eso no

debe ser.

—Connie, usted es una buena chica —suspiró Green—. Pero debe tratar de entenderlo. Soy un hombre sensato y soy capaz de admitir un error propio. Al principio, estaba seguro de haber vivido realmente aquello. Luego, empezaron mis dudas. Ahora no sé qué pensar. En cuanto tenga una prueba, una sola, por simple que sea, de que aquello no pudo sucederme, abandonaré el caso, despejaré mis dudas. Sabré a ciencia cierta que todo fue un engaño de mi mente. El ser humano es siempre una incógnita, Connie. Aun el más equilibrado y digno de confianza científica y humana comete el error. Eso es lo que nos diferencia de la infalibilidad de Dios, y del mecanismo inanimado de un robot.

—¿De modo que si se le demuestra que aquello fue imposible de todo punto, dejará de preocuparse por ello?

—Sí, Connie. Soy investigador por naturaleza, tengo un espíritu analítico muy desarrollado, y cualquier problema de difícil solución me atrae, llega a subyugarme. Sea mío o ajeno. Sea quien sea el sujeto.

—Muy bien —dijo Connie con energía juvenil, casi optimista, irguiendo su roja cabecita—. Entonces…, investiguemos.

—¿Eh? —se sorprendió Peter.

—Mañana, comandante, no hay aún pruebas experimentales. El coronel Brooks ha resuelto aplazarlas hasta dentro de cuarenta y ocho horas, en atención a su convalecencia, tras todo lo ocurrido. ¿Por qué no tratamos de averiguar si pudo suceder lo que usted creyó cierto? Si fuera así, tal vez diéramos con un fundamento para alejar todas esas dudas de una vez para siempre.

—¿Usted me ayudaría, Connie?

—Soy su ayudante. ¿Por qué no había de hacerlo?

—No es lo mismo. Me ayuda en las oficinas y en los laboratorios y centros de experimentación. Esto es algo muy diferente.

—Oficialmente soy la auxiliar del comandante Green. ¿Qué cosa más lógica que ayudar al propio comandante en un problema que hubiera podido arruinar su carrera?

—Gracias, Connie —Peter la miró fijamente, con simpatía—. Es usted muy buena.

Ella enrojeció y desvió la mirada, sin decir nada. Observó algo por el ventanal, y avisó entre dientes a Green:

—Cuidado, comandante. Lo que le dije resultó cierto. Ahí tiene a uno de los agentes especiales del Departamento de Información del Pentágono… Le vigilan. No mire, por favor.

Peter Green era demasiado astuto para resbalar en esa ocasión. En vez de ello, jugueteó con la cuchara del azucarero. Éste tenía la tapa de plata bruñida como un espejo. Allí vio al hombre, pasando dos veces como al azar, ante el establecimiento. Luego el individuo desapareció.

Ceñudo, Green habló sin levantar mucho la voz. Podía haber otros agentes cerca.

—¿Qué mil diablos creen? —farfulló—. ¿Que estoy loco?

—Sí —asintió ella—. Eso es, justamente, lo que creen. Esperan comprobarlo…, o devolverle la confianza que depositaron en usted

* * *

Se paró en medio de la calle.

Había tenido que esperar a aquélla hora del mediodía, calurosa y poco propicia al tránsito, para poder deambular con una cierta libertad por la avenida.

Miró a su izquierda. Allí estaba la muestra de la joyería. La esmeralda polifacética, casi esférica, de un verde cristalino, con el nombre: «Rock's Jewelry».

Debajo, la puerta amplia, los dos grandes escaparates. Las joyas dentro… Las mismas joyas, lo hubiera jurado, que él arrancó a través del boquete en el cristal.

Todo idéntico. Rara vez pasaba él por aquella calle. Y nunca, hasta entonces, se fijó en la joyería. Miró a su derecha ahora. El Precinto policial. Un agente de servicio paseaba ante los escalones de acceso. Y le estaba estudiando con una ojeada crítica, quizá preocupado por su interés en la joyería. Otro agente, éste sin misión a cumplir, leía una revista ilustrada, en el vestíbulo de acceso, cómodamente retrepado en un asiento.

No había duda. Era el mismo lugar. No podía haber dos tan iguales en la ciudad. Y menos, con idéntica joyería y nombre igual. Por si acaso, elevó la cabeza. Allí estaba la aerovía de taxis suspendidos. La misma donde él se detuvo. La misma en que luego chocó.

¡Chocó! Eso le hizo recordar algo repentinamente: Era ilógico dejar abandonado un vehículo en un cruce de líneas. Y eso era lo que había sucedido. Luego, al estar inconsciente, y al recuperarse posteriormente, nadie le habló del otro vehículo, del causante del choque.

Era eso lo que tenía que averiguar. No podían dudar de su estado mental por el simple hecho de que se preocupara en saber quién era el dueño del vehículo que chocó con él, y por qué lo abandonó en semejante lugar. Incluso era un deber ciudadano buscar al autor de una imprudencia tan peligrosa como el accidente demostraba.

Excitado por su repentina idea, se acercó hasta el cruce mismo donde había chocado. Naturalmente, allí confluían aerovías de colgantes, sin que hubiera huellas del impacto de entonces.

Vio pasar a los aerovías, en apacible y segura marcha. Automáticamente, una luz se regulaba, en rojo o verde, al paso de unos u otros vehículos por diferente ramal. Y en todo caso, el de paso preferente, al cruzar, invalidaba la otra vía, para impedir choques involuntarios.

Se encaminó con paso rápido al Manhattan Club, donde quedó en reunirse con Connie Robson, a las doce y media. Aún era pronto, y tuvo que esperar. Cuando Connie entró Peter Green saboreaba un combinado de frutas. Se incorporó, invitándola a sentarse.

—¿Qué hay, Connie? —preguntó—. ¿Averiguó usted algo?

—Sí, comandante. Pero no creo que le guste lo que averigüé.

Pidió otro combinado. Mientras se lo servían, Peter insistió:

—Hable. ¿Qué ha ocurrido?

—Estuve en las oficinas de la Compañía Aseguradora de la Joyería Rock's. No ha habido últimamente accidentes, robos ni pérdidas de joyas. En cuanto a los escaparates, no se han roto en mucho tiempo. De otro modo, los vecinos lo sabrían. Mientras se repone el vidrio roto y durante la reparación, lo hubieran visto otros. He preguntado a varios con los más diversos pretextos. Siempre fue negativa la respuesta. En cambio, la muestra sí fue reparada el otro día. De modo que por ese lado no hay la menor prueba de que nada de lo que creyó vivir fuese cierto.

—Sí, debía esperar que fuese así. Pero acabo de estar allí. Y cada vez me convenzo más de que estuve antes. Y de que era el mismo

lugar que he visto en mi extraña aventura…, o lo que fuere —se estrujó el rostro entre ambas manos. Trataba de ver claro, de imaginar algo. Pero era realmente imposible ligar sus pensamientos, encontrarle la razón a todo aquello. Respiró con fuerza—. En fin, veremos si poco a poco surge algo.

—Sinceramente, señor. ¿Qué espera usted que surja?

—No lo sé —apoyó las manos en la mesa, vacilante—. Es difícil saber nada. Mi cerebro, ordenado y sereno, me dice que estoy metido en una estupidez, que no es posible hallar nada eficaz. Y quizá valga más así, Connie.

—¿Por qué no lo deja? No puede ser cierto. Es imposible que sea real lo que creyó vivir, comandante. Cualquier otra cosa, se admite. Pero vivir en un Nueva York desierto, virtualmente muerto…, no cabe en la cabeza. Es imposible que sucediera, entiéndalo.

—Eso mismo me lo he dicho yo muchas veces, Connie. Pero precisamente estoy considerado un hombre dueño de su mente y de sus reflejos en todo momento, un hombre que no se deja influir por nada, que está capacitado para los más duros experimentos psicológicos. Sin embargo, cada vez que trato de recordar, diciéndome que aquello fue imaginario, que solamente existió en mi mente…, sé que no es así. Que en realidad aquello sucedió. Y no me pregunte cómo, porque sé tanto como usted.

—Bien, comandante. Hemos agotado los recursos. ¿Dónde espera comprobar algo más?

—En otro terreno, Connie. Venga conmigo. Iremos a averiguar quién conducía el vehículo que fue abandonado y que chocó con el mío. Tal vez por ahí hallemos algo. Es evidente que eso sí existió. Y el dueño del aerovía tendrá que explicar algo antirreglamentario, bastante grave para él.

—Un momento… —Connie le miró, con gesto intrigado—. ¿Qué es lo que ha dicho, señor?

—Que iremos a ver a alguien en la Central Urbana de Tráfico. Y ese alguien nos habrá de informar sobre el coche parado en un cruce, que provocó el choque. De ahí iremos al que lo dejó allí. Es la única pista que queda por seguir.

—Creo que hay algo que usted no sabe, en ese caso —dijo lentamente Connie.

—¿Yo? ¿Qué es lo que no sé?

—He leído el informe de lo sucedido en su vehículo de alquiler, comandante. Chocó usted con un coche, ciertamente. Pero ese coche no estaba abandonado ni desierto. Su conductor iba dentro, y resultó conmocionado en el choque…

—¡No! ¡Eso sí que no! —replicó vivamente Peter—. ¡Yo vi el vehículo parado ante mí…, sin persona alguna al volante!

Connie movió negativamente la cabeza.

—No, comandante. Yo misma he oído al hombre que chocó con usted. Estaba herido ligeramente. Declaró. Se le culpó a usted del choque, por excesiva velocidad. Él quedó libre. Un detector de cruces no funcionó a tiempo, y al fallar el resorte de seguridad vino el choque…

Peter Green, muy pálido, contempló a la joven, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Él sabía bien que no podía ser cierto eso. Él vio el vehículo vacío, sin nadie en él… Y ahora surgía un fantasmal conductor, a quien él hirió en el embate.

—Dios mío, no… —jadeó—. ¿Otra cosa incomprensible, por si el enigma no fuese lo bastante terrible?

Capítulo IV

RASTRO BORRADO

IERTAMENTE, así fue —dijo el funcionario de la Oficina Central de Tráfico Urbano, en Manhattan—. Usted tuvo su choque en el cruce de la Avenida Doce, entre el Bloque 32 de esta avenida y el Bloque 122 de la Calle Setenta y Cinco. Su contrario fue un conductor particular, con un aerovía igualmente alquilado, un aerotaxi de tarifa única. La culpa fue, en primer lugar, del detector del cruce, que evitó el cierre de uno de los pasos. Por ello no se le castigó a usted, por exceso de velocidad. El otro vehículo, según lo comprobado, iba a marcha lenta cuando sobrevino el choque. Gracias a eso se salvaron quizá los dos conductores.

Peter Green dominó su furioso deseo de chillar, de protestar,

rabiosa, indignadamente. No debía de hacerlo. No allí, en aquellas oficinas. Todo ello redundaría en perjuicio suyo, ante sus superiores de la Base.

—Ya sé, ya sé —asintió serenamente—. Por favor, quisiera el nombre del ocupante de ese vehículo. Quiero disculparme personalmente con él, y darle una gratificación por los posibles perjuicios provocados por mi imprudencia.

—No hay inconveniente, comandante —sonrió el empleado—. A un civil, esas cosas siempre se miran más. Pero usted es un importante militar y tiene derecho a ser informado.

Incorporóse, solícito, el empleado, dirigiéndose a un fichero, del que extrajo un «dossier», que consultó. Luego escribió rápidamente en un papel, tendiendo lo escrito a Peter.

Éste consultó el escrito:

«Raymond F. Skud - Departamento 532 - Residencia Hanley – Manhattan, N. Y.»

—¿Vive en una residencia? —indagó.

—Sí. Es forastero. Extranjero, concretamente. Natural de Centroeuropa, según reza aquí —informó el empleado de Tráfico.

Un extranjero… Sin saber por qué, Peter Green tuvo un mal presentimiento. Era raro. Un extranjero en otro vehículo… que estaba vacío cuando él chocó contra el mismo.

—Eso es todo, gracias —dijo simplemente Peter, dirigiéndose a la salida, seguido por Connie.

Una vez fuera ella leyó la dirección escrita. Miró a Green e interrogó:

—¿Piensa ir a ver a ese hombre?

—Sí. Vamos a ver a Raymond F. Skud, el centroeuropeo radicado en la Residencia Hanley…, y espero que eso me ayude en algo…

* * *

—¿Raymond F. Skud, dice? —la mujer de pelo canoso y rostro enjuto asintió, tras una breve reflexión—. ¡Oh!, sí, claro que lo recuerdo. Fue el caballero extranjero del accidente.

—Eso es. Tengo que verle ahora. Es muy urgente, y algo relacionado con ese accidente.

—¿Con el primero o con el segundo? —quiso saber la mujer de la oficina del Edificio de apartamientos Hanley, en pleno Manhattan.

—¿Es que ha tenido más de un accidente? —se intrigó Peter.

—Sí, claro. Uno de tráfico. Y otro de otra especie…

—Es el de tráfico el que me interesa a mí. Creo que resultó herido…

—Es cierto —asintió la mujer—. No fue muy serio, pero estuvo un par de días mal. Creo que chocó con un hombre que iba con excesiva velocidad.

Peter asintió:

—Sí, eso es. Me gustaría hablar ahora sobre el señor Skud. ¿Cuándo llegó él a su casa, señora?

—Exactamente el día que sucedió el choque —rió la mujer—. Curioso, ¿eh?

—Sí… Muy curioso —cambió Peter una rápida mirada con Connie Robson. Ella tenía una expresión de astucia y tensión en sus claras pupilas—. ¿Llegó directamente de Centroeuropa?

—Algo así. Por lo menos, es lo que él decía. Yo, naturalmente, no le vi llegar.

—Ya. ¿Era un caballero amable?

—Sí, muy amable. De pocas palabras. Y muy serio también. Pero cortés cuando hablaba.

Peter preguntó:

—¿Acento muy extranjero?

—Bastante. No podía ocultar que no era americano, ciertamente.

—Bueno, eso es suficiente, señora. Y muchas gracias. Ahora, me gustaría hablar con él personalmente.

—¿Con el señor Raymond F. Skud, quiere decir? —parpadeó ella.

—Claro. ¿Con quién, sí no?

—Señor, creo que hay algo que no hemos aclarado previamente, pero que usted debería saber. No se lo dije porque imaginé que ya lo sabía, cuando venía usted aquí.

—Que ya sabía… ¿el qué?

La mujer dijo:

—Lo del otro accidente… El señor Skud cayó por el hueco del elevador. Se mató… Ayer incineraron su cadáver, señor…

* * *

—Se mató… Raymond F. Skud se mató. ¡Cielos, Connie, es increíble!

Connie Robson asintió, con un movimiento de cabeza.

—Es fatalidad. Aparece una pista y se borra de repente. ¿Qué va a hacer ahora, comandante?

—No lo sé. Pero, ciertamente, no creo que sea sólo fatalidad.

—¿Eh? —Connie le estudió con fijeza—. ¿Qué quiere decir con eso, señor?

—No sé… Ocurre algo, Connie. Algo extraño, indefinible. Pero presiento que está ocurriendo en alguna parte. Hay algo, un nexo oculto que enlaza unas y otras cosas. Es como andar en tinieblas. Uno no ve por dónde va ni lo que hay delante o detrás. Pero hay algo, Connie. Hay algo…

Ella parecía entender lo que él decía. Le miraba fija, obstinadamente. Tras un silencio, expuso con voz grave:

—Es curioso, pero yo también creo a veces que estemos detrás de algo. Algo más que un sueño, una alucinación o un delirio, comandante. Y no se lo digo por complacerle. Pero de cualquier modo sus superiores no creerían nada de esto. Usted dice una cosa. La lógica parece demostrar otra. Y, además, si había alguien que podía ser obligado a hablar, como el tal Skud…, ha muerto. Sus labios están sellados.

—Sellados, sí. ¿Por quién? —musitó Peter, haciendo dar un respingo a la Joven.

Connie preguntó:

—¿Sugiere un… un asesinato?

—No sé siquiera qué sugerir o qué pensar. Será mejor no aventurar teorías. Yo. sin embargo, seguiré adelante con esto. Ahora, con más motivo que nunca, Connie. Quiero saber si soy un ser normal, como fui siempre…, o si realmente me he vuelto loco y empiezo a ser un inútil para mi misión, y un peligro para la sociedad.

—No diga esas cosas, comandante. Yo sé que no. Usted es el de siempre.

—Gracias, Connie —cariñosamente, palmeó con suavidad su

mejilla y sonrió. Bajo los ojos verdeoscuros de Peter Green se estaban formando bolsas, sin embargo. Y las comisuras de sus labios, más acentuadas, denotaban su intensa preocupación de aquellos últimos días.

—Hice las gestiones que usted quería, comandante— dijo Connie, tras un silencio—. Vi al lechero y al repartidor de periódicos.

Peter inquirió:

—¿Les hizo la pregunta?

—Sí. Y la respuesta fue afirmativa. Como cada día, a las seis de la mañana estaban ambas cosas en su puerta. La leche en el rellano y el periódico pasó bajo la puerta.

—Como cada día también —Peter se pasó una mano por la boca y la mandíbula, pensativo. Se acrecentó su honda preocupación—. Dios mío, empiezo a dudar ya… A dudar de todo y de todos, Connie.

—¿De mí también? —sonrió ella.

—No diga eso. Creo que el día que pierda mi confianza en la Humanidad, usted será la única que se libre.

—Gracias. No olvidaré eso… —inclinó la cabeza, en una larga pausa. Luego, preguntó—: ¿Debo hacer algo más, comandante?

—Nada, Connie. Ya se hizo todo lo que estábamos capacitados para hacer. Hasta, no podemos sentimos demasiado felices de cómo van las cosas ni del resultado de nuestras pesquisas.

—Mañana se reanudan los experimentos, comandante— le recordó ella.

—Sí, ciertamente. Mañana, de vuelta a lo de siempre. Dios quiera que siga siendo el mismo de antes…

—Lo será. Estoy segura de ello. Y usted también debe de estarlo. Si pierde la confianza en sí mismo, puede serle funesto. Ahora, le dejo. Tengo cosas que hacer y…

—Claro, Connie. Disculpe mi egoísmo. No debí abusar tanto de usted. Tiene sus propios asuntos, quizá su novio, a quien está dejando plantado constantemente…

—Dios mío, pero qué despistado es mi jefe —rió ella—. Llevamos ya dos años colaborando juntos, y aún no sabe que no tengo novio…

Rió. dirigiéndose a la salida. Aún reía cuando se alejaba por el

corredor, hacia el elevador. Green cerró la puerta, meneando la cabeza con abatimiento, y volvió a su asiento del «living» cansadamente.

Como dijera antes, sólo quedaba una cosa por hacer: descansar. Tratar de dormir, de olvidar su obsesión…

Ya se había hecho todo lo humanamente posible. Y el resultado era indiscutible ya: negativo.

Aquello jamás sucedió. Jamás. Eran el mayor Strudell y los demás quienes tenían razón. El shock, el trauma y todo aquello, le jugaron una mala pasada. Su corazonada, sus presentimientos, no valían de nada.

La verdad era aquella, el resultado negativo de todas las pesquisas. Lo que, en buena lógica, no podía suceder… no había sucedido.

* * *

—Celebro esto, comandante Green —sonrió el coronel Brooks, estrechando con calor la mano del joven militar—. Hubiera sido lamentable que la Comisión tuviera que darle de baja por su obstinación de estos días. Pero al final siempre el cerebro de un hombre de nuestro grupo se sobrepone a todo.

—Así debe de ser, señor —dijo Green, riendo. Se estiró el uniforme. Era el mismo que llevaba aquel día, el que le quitaron tras el accidente. El uniforme de trabajo de nuevo. Como si nada hubiera sucedido—. ¿Cuándo empieza la tarea?

—Ahora mismo, comandante. Tenemos un serio problema a resolver, relacionado con el organismo humano y ciertos fenómenos. Usted, el teniente Garland y el mayor Strudell realizarán la prueba, supervisados por mí y por los doctores Malcolm y Mckay.

—De acuerdo, señor —asintió Green, dócilmente—. Vamos allá.

Salieron de las oficinas de la Base, dirigiéndose a los pabellones de experimentación, al otro lado de las pistas de aviación destinadas a aeroturbos y aviones a reacción normales.

El resto del personal técnico estaba ya reunido ante el pabellón de experimentaciones, disponiéndose a realizar la tarea habitual en el grupo de valerosos hombres de aquella unidad experimental de la

Fuerza Armada de los Estados Unidos.

Saludó a todos: el teniente Garland, Connie, Strudell, Malcolm, McKay, el capitán Baker y el resto del personal técnico y clínico. Peter Green sabía que todos los ojos amistosos que se fijaban ahora en él eran a la vez un poco escudriñadores, profesionales. Temían que pudiera existir aún algún resquicio de inestabilidad en la mente de su compañero. Y todos sabían que, prácticamente, cada hombre en aquel trabajo debía de ser perfecto en su labor y en su rendimiento, o existiría no sólo el peligro del fracaso, con el gasto ingente que cada prueba suponía, sino también el riesgo de que alguien pudiera sufrir daños, al fallar la misión específica de uno solo de los humanos engranajes de la maquinaria técnicomilitar de la Base.

Resistió bien aquella prueba directamente dirigida hacia él. Al parecer, todos se dieron cuenta de que volvía a ser el mismo. Sin reticencias, obsesiones ni dudas de ninguna especie que pudiera ser dañina para el conjunto de los investigadores.

Entraron en el pabellón. La cámara: Strudell, Mckay y el propio Green. Allí, en otra cámara, y a través de un televisor de circuito cerrado, los jefes y médicos seguirían la prueba detenidamente, y los mecanismos de control mental y físico se cuidarían de ir registrando las fluctuaciones anímicas de los hombres allí encerrados.

—Bien, señores —dijo Strudell, una vez dentro de la cámara neumática, totalmente iluminada—. La prueba de hoy consiste en saber cuánto tiempo puede un hombre soportar, en circunstancias normales, sin encender una luz en las tinieblas, mientras determinados ruidos llegan a sus oídos en la oscuridad… Tengan cada uno un encendedor. Guárdenlo en el bolsillo. El aire se irá enrareciendo, para forzarnos antes a encender. No vacilen en hacerlo, antes de perder totalmente el control de sus nervios. Pero aguarden todo lo posible, no se precipiten tampoco. Éste es sólo el principio de la segunda fase del experimento, que realizaremos ahora, en otra cámara del pabellón tras ver los resultados de esta prueba. ¿Preparados todos?

—Preparado —dijo McKay.

—Listo —asintió Green, guardando el encendedor en un bolsillo de su guerrera.

Strudell hizo un gesto. Se hizo la oscuridad total. Súbitamente, sin transiciones. En los oídos de los hombres allí encerrados empezaron a vibrar sonidos determinados. Primero fue un automóvil, viniendo a toda marcha. Pasó virtualmente «sobre ellos»… sólo con el sonido, naturalmente. No sucedió nada. Lo soportaron estoicamente.

Siguió el siseo, el roce constante y cada vez más próximo de una serpiente. El sonido era tan limpio en la grabación emitida ocultamente por los amplificadores, que parecía real. Green sintió virtualmente que la víbora saltaba sobre él. No ocurrió nada.

Después, en la oscuridad de la cámara, se percibió otro sonido. Eran pasos. Pasos sigilosos. Alguien que se movía hacia ellos. Y una voz baja, ronca:

—Lo siento, señores. Se ha desconectado la televisión interior. No seguirán su experimento. Están a mi merced. Y si encienden la luz, más aún. Les acuchillaré uno tras otro. Sus experimentos técnicos y militares son agresivos. Mi nación no se fía de ustedes. Morirán todos…

Sería parte del experimento, pensó con serenidad Green. Pero algo le rozó. Era una persona que antes no estaba en la cámara. Se puso rígido. Luego, hubo un grito. Era la voz de McKay. Un cuerpo golpeó el suelo, tras un chasquido agrio y horrible.

—Ha caído uno —rió la voz en la sombra—. ¡Vamos, defiéndanse! ¿A qué esperan para pedir luz? No les oirán, pero será divertido oírles chillar en demanda de auxilio… ¡Otro más!

Un golpe de cuchillo de nuevo. Y ahora, el grito ronco fue de Strudell. Green hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Comprendió claramente. Le estaban experimentando a él. Era otro efecto artificial, para ponerle a prueba definitivamente. Sonriendo en la oscuridad, Green empezó a retirar la mano del encendedor. Iba a hablar burlón, cuando lo tocó.

Acababa de palparlo. Era esférico, pequeño y frío, y algo colgaba de ello. Algo largo, metálico, salpicado de cosas con aristas. Gritó roncamente, y lo extrajo. Extrajo también él encendedor, dio luz… y a su claridad centellearon vivísimas las facetas de los brillantes engarzados en el oro y la plata de aquel colgante femenino, rematado por una bellísima perla de irisados tonos…

—¡Aquí está! —aulló—. ¡Tengo todavía una en mi uniforme!

¡Una joya de las que robé! ¡Una de las joyas que QUITÉ EN LA JOYERÍA CUANDO LA CIUDAD ESTABA DESIERTA Y SIN VIDA!

Capítulo V

LA JOYA ALUCINANTE

STO es muy lamentable, Peter Green. Para usted y para nosotros. Lo estuvimos temiendo todos estos días. Pero le confieso que llegó un momento en que le imaginé fuera de riesgos. Y, de súbito, nos interrumpe un experimento, lo estropea, y vuelve a dar muestras de desequilibrio psíquico.

—Mayor Strudell, yo puedo asegurarle ahora, con plena razón, que…

—Sí, sí, lo sabemos —cortó agriamente el mayor, girando hacia él su rostro ceñudo, ante la mesa del Consejo de Investigación de la Base—. Ahora está seguro de que aquello fue realidad. ¿Se da cuenta, Green? Aparentemente es usted un hombre normal. Pero algo, desde que ocurrió el accidente, ha cambiado en usted. Podemos investigarlo minuciosamente, podemos internarle en una clínica mental y tenerle sometido a observación. Pero eso tal vez no sería noble por nuestra parte, después de los grandes servicios que ha prestado al Organismo. Por lo tanto, la resolución del Consejo será benigna para con usted, comandante Green.

Peter no dijo nada. Encajó las mandíbulas con rudeza y giró el rostro hacia los tres componentes del Consejo. El coronel Brooks,

sombrío y contrariado; el comandante Alpern, indiferente, y el general Wallace, como presidente, le contemplaron también en silencio. Fue Brooks, como secretario del Consejo, quien habló con voz ronca, evidentemente pesaroso de aquello que tenía que hacer ahora.

Dijo:

—Comandante Green, este Consejo de Investigación, atendiendo a la seguridad de los experimentos, a la buena marcha y regularidad de sus trabajos y a sus extrañas reacciones de los últimos días, ha acordado, de modo inapelable, concederle la baja en las fuerzas especiales del Ejército de los Estados Unidos, pudiendo retirarse a su vida privada a partir de las veinticuatro horas de hoy mismo, como máximo, y en este mismo instante, si es su deseo. En caso contrario, de insistir usted en mantenerse en el Ejército, habrá de ser trasladado a un establecimiento psiquiátrico y mantenerse allí, bajo tratamiento clínico, hasta que el Alto Mando y los doctores lo determinen. Puede usted elegir, comandante Green.

Peter estaba muy pálido. Él amaba el Ejército, el uniforme glorioso que vestía, la labor que realizaba para la seguridad ajena, en todo servicio activo, técnico, militar o científico.

Y así, de pronto, un plumazo brusco lo borraba todo. Sus años de servicio, pocos pero brillantes, su vocación, su entusiasmo, su fe inquebrantable. Se humedeció los labios, tratando de concentrarse, de reflexionar sobre aquellas dos disyuntivas que se le presentaban.

La opción fue clara para él. Y lo manifestó sin rodeos. Tal y como él siempre dijo las cosas:

—Está bien, señores. Agradezco su espíritu de tolerancia. Y acepto mi baja del Ejército. Mucho amo este uniforme. Pero encerrado en una clínica jamás podría encontrar la razón de lo que me sucedió.

Hubo un silencio. El coronel Brooks parpadeó ligeramente. Había esperado otra decisión por parte de Green. Quizás esperaba que él comprendiese que estaba enfermo y lo mejor era entregarse en manos del Ejército, para que le curasen y volvieran a hacer de él un ser normal. En vez de eso, aceptaba la renuncia.

—Creo que comete un error, comandante —suspiró Strudell, sombrío—. La verdad está en su propia mente, no en ninguna otra parte. No será marchándose por ahí a investigar, la forma más

idónea que utilice para hallar el motivo de sus alucinaciones.

—Esa es su opinión, mayor —replicó secamente Green, incorporándose lentamente—. Yo tengo otra. Y para mí, es la mía la que vale.

Saludó correctamente al Consejo. Era el último saludo militar que dirigía. Luego, dio media vuelta y salió de la estancia con paso firme, enérgico.

Su destino estaba decidido. Ellos le habían puesto en la encrucijada. Y él tomó el camino que juzgó mejor para llegar al fondo de aquel alucinante misterio sin aparente solución lógica.

* * *

—Comandante, ¿cree que ha hecho bien tomando esa decisión?

Peter Green contempló a la joven, mientras se anudaba la corbata, ante el espejo de su alojamiento en la base. Ya tenía todo dispuesto en su maletín para partir. El uniforme había quedado sobre la cama. Como un amigo al que se abandona para siempre.

—No necesita llamarme ya comandante, Connie —sonrió tristemente—. Dejé de serlo al quitarme ese uniforme y cambiarlo por mis ropas civiles. Esta vez, definitivamente.

—Para mí lo será siempre, señor —dijo Connie Robson con firmeza.

—Gracias, Connie. Siempre ha sido usted una chica leal. Sólo que ahora no podrá ayudarme. Esto tengo que hacerlo yo solo.

—Tal vez no —sonrió maliciosamente ella—. He pedido un permiso de quince días alegando razones familiares. Permiso concedido, comandante. Estoy a su disposición señor… por dos semanas, naturalmente.

—¡Connie! —la contempló, emocionado—. ¿Usted ha hecho eso por mí?

—¿Por quién, si no? Soy su auxiliar, ¿no es cierto? Supongo que el trabajo de un ayudante es precisamente ayudar. Y quizás ahora más que nunca necesite usted ayuda. No puede hacerlo todo solo.

—¿Y en qué podrá ayudarme usted, criatura? Sabe bien lo que ocurre. No me cree nadie. Imaginan que digo estupideces. Esa joya que encontré en mi guerrera no significa nada, según ellos.

—Yo he oído una versión médica —dijo Connie—. Pero no sé si

referírsela…

—Vamos, Connie, hágalo. Por malo que sea, no me pillará ya de sorpresa.

—Pues se lo diré, comandante. Imaginan que usted puede ser un sonámbulo, un hombre que, por una u otra razón, camina dormido. Robó esa joya durante su paseo nocturno, y le quedó en el subconsciente una idea remota de ciudad desierta, de no haber otra persona con vida, sino usted mismo. Y eso lo explicaría todo.

—Si fuera tan fácil… —suspiró Green—. Pero nunca fui sonámbulo.

—Puede haber otra posibilidad: alguien le sugestionó o durmió con alguna droga extraña, que hiciera su efecto. A fin de cuentas, hoy en día hay muchas cosas raras. Los viajes interplanetarios han permitido a los hombres conocer ya la Luna y Marte. ¿Quién le dice que allí no hay algunas hierbas, un producto químico capaz de…?

—No, no —denegó Green—. Particularmente, no lo creo. Pero acudiremos sin embargo a las oficinas del Spacial Bureau. Allí nos podrán indicar si se han importado productos químicos o sustancias capaces de convertirse en drogas, del planeta Marte. Usted sabe que allí no hay vida, que esas historias de marcianos carecían de fundamento, y eran simple fantasía de escritores baratos. Lo que hay son viajes regulados y organizados, en los que nadie trae productos que no pasen por un riguroso control científico, técnico y sanitario, para evitar el traslado de microbios o bacterias de Marte.

—De todos modos, ¿quién podría hacerle víctima de una infamia así?

—Siempre existen agentes extranjeros capaces de intentarlo todo por debilitar la fuerza de un país. Yo, como miembro de mi Departamento, podía tener relativa importancia para ellos.

—¿Cree, sinceramente, que pudiera ser eso?

—No —dijo con firmeza Green—. No lo creo, Connie.

* * *

El Spacial Bureau, en una de las elevadas plantas del centelleante y orgulloso «Twenty-first Century Building», estaba destinado a toda clase de problemas relacionados con el espacio exterior terrestre, y sus viajes actuales, que demostraban el avance

de la ciencia espacial, después de quince años desde que el primer hombre giró en órbita, en torno a la Tierra, y apenas diez desde que un ser humano puso su planta en la Luna.

El propio técnico de la Oficina de Drogas y Vegetales extraterrestres, atendió a Peter en su demanda. Le escuchó atentamente. Luego, denegó con firmeza.

—No, señor Green —manifestó—. No hay nada de eso registrado en nuestros archivos. únicamente se ha autorizado a importar a la Tierra productos vegetales medicinales, en muy escasa cantidad y para miembros del Gobierno, exclusivamente, con destino a laboratorios y centros experimentales. No existe droga marciana capaz de provocar un letargo o hipnosis, ni tampoco un sonambulismo artificial. Si usted cree haber sufrido algo así, busque las causas en la propia Tierra, no en los astros…

—Sí, es lo que estoy tratando de hacer. Pero quería antes estar seguro de que fuera de nuestro planeta no se hallaba la causa probable de mis trastornos.

—Desde este momento puedo garantizarle que no. Las drogas milagrosas y los vegetales misteriosos abundan en Marte menos de lo que mucha gente supone. La coloración vegetal es allí diferente a la nuestra, pero ahí estriba la única diferencia. La escasez de clorofila produce un pigmento rojizo, y no verde. Eso es todo. En propiedades y aplicaciones, salvo algunas especies medicinales, que ya le cité, son idénticas a las plantas terrestres. Desengáñese, señor Green, ni siquiera en el espacio, tan lleno de prodigios para los escritores y los bobalicones, podemos encontrar fantasías futuristas. Son simples ganas de dar un poco de poesía a la monótona vida de los humanos… pero nada más.

En ese momento zumbó un interfono con pantalla visora, que el técnico atendió con celeridad. Habló rápidamente y luego asintió, colgando el auricular. Contempló a Peter con aire burlón y luego se incorporó, naciendo un gesto resignado.

—Bueno, señor Green, deberá disculparme ahora. Tengo que atender a un astrónomo del Observatorio Nacional. Después de todo, no crea que es usted el único imaginativo. Los astrónomos también acaban chiflados por completo, de tanto poner la vista arriba. ¿Sabe lo que debo atender ahora? El supuesto hallazgo de un nuevo cuerpo celeste dentro del Sistema Solar, más allá de Plutón,

que podría ser un planeta recién descubierto…

—Sería un descubrimiento importante —sonrió Green, distraído.

—¡Bah! —el técnico del «Spacial Bureau» se encogió de hombros, escéptico—. Si supiera usted la cantidad de veces que he atendido demandas así, no diría eso. Esta vez, como tantas otras, el astrónomo de turno habrá visto visiones…

Estrechó la mano de Peter Green y terminó allí la breve entrevista. De ella, Green no había logrado sacar nada en claro.

* * *

—¿Esta joya? —el gerente de la «Rock's Jewelry», en la Avenida Doce, enarcó las cejas sorprendido—. ¿Dice usted que esta joya debió de ser robada de nuestra tienda, señor?

—Eso es lo que he dicho —asintió fríamente Peter Green—. Robada «por mí».

El hombrecillo pegó un respingo y soltó el colgante, que golpeó con un tintineo musical el vidrio del mostrador. Miró a su visitante con aire perplejo y finalmente sonrió, meneando la cabeza negativamente. No le parecía el tipo peculiar de un ladrón de joyas, evidentemente.

—Vamos, vamos, señor, no bromee.

—No bromeo. Yo quité esa joya de su casa. Quiero que compruebe si es la misma que debe faltarles de las exhibidas en el escaparate de la derecha, señor.

El joyero estuvo unos momentos pensativo, perplejo. Luego, finalmente, se movió hacia el escaparate, encogiéndose de hombros.

—Está bien, señor —declaró—. Lo comprobaré, puesto que usted sugiere eso. Pero no creo que haya ocurrido como usted dice. Si no hablara tan seriamente, diría que pretende burlarse de mí.

—No me burlo —dijo Peter Green, con tono grave—. Es muy importante que compruebe esto. Le ruego que lo haga, y lo tome totalmente en serio. Para mi es de una seriedad vital la respuesta que usted pueda darme.

—Creo entenderlo —suspiró el joyero, tras un silencio meditativo—. Cleptómano, ¿no es eso? Usted es, o cree ser, un cleptómano. Uno de esos enfermos que sin desearlo ni tener espíritu de auténtico ladrón, roban cuanto hallan, por un simple

subconsciente. Eso es lo que quiere saber, ¿no es cierto, caballero?

Peter no respondió. Siguió mirando al hombre fijamente, sin pronunciarse en uno u otro sentido. El joyero, con un nuevo suspiro, se encaminó a un lugar determinado del escaparate. Miró allí. Luego, pareció sobresaltarse de veras. Se volvió en redondo, con expresión preocupada.

—Diablos… —masculló—. No está…

Peter Green sintió que el corazón le iba más de prisa. Por fin. Por fin había hallado una pista, un rastro… Miró, entre esperanzado y tenso, al hombre de la joyería.

—¿Qué sucede? —inquirió—. ¿Qué es lo que no está? ¿Esa joya…?

—Justamente. Yo juraría que estaba allí… y ahora no está. Claro que es mi empleado quien retira cada día las joyas del escaparate, y quien lleva el control de ventas. Esperaremos a que regrese él. Ha salido a entregar un collar y… ¡Oh, ahí viene precisamente!

Peter, sintiéndose por fin al borde de algo real, efectivo, concreto, se volvió hacia la puerta. Un joven rubio y delgado entraba en ese momento. Connie y él se miraron un instante, confiando en que al fin iba a suceder algo. En que por primera vez estaban a punto de saber positivamente el origen de aquella joya.

El gerente explicó al joven lo que sucedía. Le mostró la joya. El empleado frunció el ceño, fue luego al escaparate, miró adonde le señalaba su jefe. Afirmó luego, y se volvió hacia Peter, con aire seguro de sí mismo.

—Bien, señor, creo que puedo sacarle de dudas al respecto —dijo con voz impersonal—. No hay misterio alguno en todo esto. Supongo que si se ha encontrado encima con esa joya no fue aquí donde la quitó, ciertamente.

—¿Por qué no?

—Porque hace ya tres días que vendí esa joya —sonrió el joven —. Sólo que mi jefe no estaba enterado. Después de todo, es de aparente valor, pero su precio no es de los más elevados de nuestro «stock», ni mucho menos. Llama la atención por su belleza, pero nada más. Materialmente, su costo no es tan importante como para notificar en especial su venta. El señor gerente la había visto ahí otras veces. Le sorprendió no encontrarla, y eso fue todo. ¿Complacido, señor?

—No, no estoy complacido —manifestó fríamente Peter—. Yo no se la quité al comprador que ustedes tuvieron. Existía otro modelo sin duda, un duplicado exacto. Y ese fue el que le compraron. El otro… «lo robé yo aquí mismo, hace una semana».

El gerente y su empleado se miraron. De un modo que hacía intuir lo que pensaban: creían estar hablando con un loco. El gerente trató de contemporizar:

—Señor, nunca hacemos duplicados de nuestras piezas. Sólo vendemos una joya de cada tipo, en exclusiva. Por tanto, su error es evidente, aunque comprensible. Debió de estar en alguna otra parte, y allí se apropió de esa joya. No aquí.

Peter iba a replicar irritado. Pero la mano firme de Connie oprimió con fuerza su brazo, conteniéndole. Entendió Green, y se mantuvo callado, con un esfuerzo. Cuando por fin respondió, lo hizo suavemente:

—Bien, en ese caso, preferiría saber quién la adquirió. Será la forma de podérsela volver… —sintió junto a él cómo Connie suspiraba con alivio.

—¡Oh!, sí, sí —asintió el joyero—. Puedo ayudarle en eso, señor. No es norma nuestra dar nombres y direcciones de clientes, pero éste es un caso excepcional, en el que creo se debe obrar de distinta forma. Espere, por favor…

Peter esperó. Al fin, tras buscar, en un libro, el gerente de la joyería le informó escuetamente:

—Aquí está el nombre y dirección, señor… —lo escribió con rapidez y tendió la hoja de bloc a Green—. Ese es el comprador…

Peter tomó el papel. Lo leyó. Una palidez marmórea se extendió por su rostro. Alzó la cabeza, estremecido, y la expresión de su mirada asustó al joyero.

—Este hombre ha muerto —dijo roncamente Green—. Raymond F. Skud murió, víctima de una caída… quizás el mismo día de haber hecho esa compra…

* * *

—Dios mío, comandante. Otra vez ese nombre… ¿Qué es lo que sucede?

El joven exclamó:

—Quisiera saberlo, Connie. Esto es como un cerco infernal, alucinante. Cuando parece que uno ha dado un paso adelante, se encuentra con que está dando vueltas en torno a un mismo sitio, sin posible salida.

Estaba con el rostro sepultado entre las manos, nervioso, excitado, pálido y frenético. Incluso un hombre con la resistencia y fuerte serenidad de Peter, podía llegar al límite y empezar a desmoronarse. Connie Robson le contemplaba con desaliento, impotente por ayudarle.

—Tiene que haber un nexo razonable en alguna parte, comandante —dijo ella, con un suspiro—. Aparece Skud en su choque de vehículos, ahora aparece de nuevo como comprador de esa joya, casi momentos antes de morir tan inoportunamente…

—De sobra sé lo que está sucediendo— musitó

Peter, abatido. —Nada tiene sentido. Pero ocurre, nos está sucediendo a los dos…

—¿Por qué no va a la policía? Tal vez sean menos escépticos que el Ejército, y le atiendan…

—¿Qué cree que me diría la policía? Ante todo, se enterarían de que he sido expulsado del Ejército, por deficiencias mentales. Luego, al conocer mi historia, se reirían. Y luego me encerrarían en un manicomio.

—Tiene pruebas. Skud existió. Skud compró esa joya, una joya que tiene usted…

—Eso no probaría nada. Skud chocó conmigo. Quizás en la confusión le cayó la joya, que fue a parar a mi bolsillo, sin él advertirlo. Luego, murió y no pudo reclamarla.

—Eso es inverosímil.

—¿Y qué cree que es mi historia? —se burló Peter Green, incorporándose—. ¡Oh, Dios, es horrible! Saber que «algo sucede», que he vivido todo aquello… y que nadie lo crea.

Connie no dijo nada. Ella ayudaba a Peter Green leal, esforzadamente. Pero de eso a creer plenamente su relato… Era todo tan improbable, tan poco verosímil… Nueva York no podía haber pasado unos minutos desierto, volviendo a poblarse luego como por arte de magia. Era un solemne disparate. Pero aquella joya…

—¿Por qué ha dejado el colgante al joyero, comandante? —

inquirió ella de pronto.

—Quiero que lo examine a fondo, que me diga si es el suyo… Va a examinarlo el orfebre de la casa, el que diseña y crea las joyas en exclusiva de «Rock's». Su informe me revelará definitivamente si es la misma joya o no. Ignoro si eso resolverá algo, pero necesito datos de la especie que sean, para seguir esto hasta el final… si es que tiene un final.

—Todo lo tiene, comandante.

—Sí, incluso nosotros mismos —suspiró Peter—. Y yo me pregunto si no terminaré yo antes de que concluya el caso en que me debato, como si fuese una simple mosca aferrada en una tela de araña.

Connie asintió, con un movimiento de cabeza. Dio unos pasos por la estancia, como si ella también tuviese que dominar sus desequilibrados nervios, Peter estiró la mano, tomando el alto vaso con ron y soda. Había invitado a Connie a subir a su apartamiento. Ella era una muchacha sin prejuicios, y había aceptado. Allí estaban, esperando el resultado del análisis minucioso de la joya, por el propio joyero que la realizó.

Connie Robson había apurado su pequeña dosis de licor con soda. Fue al bar, y se sirvió una nueva cantidad, no muy abundante. Bebió, pensativa, clavando los ojos en el gigantesco panorama exterior, en la gran urbe, inmensa y superpoblada. Parecía preguntarse a sí misma, en silencio: «Dios mío, ¿cómo es posible? ¿Cómo puede esa ciudad aparecer vacía de repente, a ojos de un hombre normal, cuando todos sabemos que «no pudo» estarlo en ningún momento?»

De pronto, se sobresaltó. Miró a Peter y le encontró sonriendo, con los ojos clavados en ella. Connie enrojeció.

—Sé lo que está pensando —susurró Green. Miró hacia el ventanal—. Yo me he preguntado eso mismo miles de veces. Nunca tuve respuesta. Pero me ocurrió a mí, Connie. «Yo estuve solo», en esa misma ciudad que usted ve ahora… como una colmena terrible, en cuyas calles se apiñan millones de seres vivos y frenéticos… Ante eso, ¿podemos sorprendernos de que quieran encerrarme en una clínica de enfermos mentales?

Connie no dijo nada Y cuando iba a hacerlo, sonó el teléfono. Se miraron ambos sobresaltados. Connie corrió al aparato,

anticipándose al propio Green, alzó el receptor y preguntó abruptamente:

—¿Quién llama? —una pausa. Luego, más suave—: Sí, aquí residencia del señor Green, comandante Peter Green…

Peter rió.

—Es incorregible, Connie. ¿Cuántas veces he de decirle que se olvide de esa graduación? Pasó a la historia… ¿Quién es, Connie?

Ella le tendió el auricular. Habló con voz alterada:

—El técnico de la joyería, el orfebre que hizo esa joya. Quiere hablar con usted, comandante… Parece muy excitado. Dice que es urgente…

Rápido, Green tomó el teléfono. Indagó, con voz sorda:

—¿Qué hay? Sí, yo mismo, Peter Green… Eso es, comandante Green… ¿Quién iba a ser, si no?

—Perdone la insistencia— dijo la voz, al otro extremo del hilo —. Es que lo que he descubierto quizá resulte ser grave, y no quiero que, por ahora, lo sepa nadie más que usted, comandante. Ni siquiera he comunicado al gerente ni al señor «Rock's» lo que he descubierto.

—Cielos. ¿Tan serio es? —Peter tragó saliva. Apretaba el teléfono rabiosamente, febril. Cerca de él, Connie no apartaba los ojos de su rostro, como pretendiendo leer las palabras de su interlocutor, en sus reacciones faciales—. Hable, por Dios…

—No quiero hablar por teléfono. Es mejor que venga usted mismo. A mi taller, sí… Está en Riverside New Drive, Bloque 615, Nivel 1.

—Iré en seguida. Pero ¿no puede anticiparme algo de lo que sucede, de lo que cree haber descubierto?

Un silencio en el teléfono. El orfebre vacilaba. Y por fin…

—Está bien —dijo de mala gana—. Le diré algo, por si puede servir para dar alas a sus pies para venir aquí, comandante. El colgante que me dio para examinar es idéntico al que yo realicé… pero «no es el mismo». La perla, los brillantes, el oro y el platino son APARENTEMENTE los mismos. Pero «yo sé» que no lo son. «Ni siquiera son perlas, brillantes, oro ni platino».

—¿Eh? —estalló Peter, aturdido—. ¿Falso?

—Ahí está lo asombroso, comandante. No es lo que aparenta… pero TAMPOCO ES FALSO. Yo diría, si no fuera un disparate, que

todo ES ARTIFICIAL, pero con autenticidad en el valor. Lo que es falso es EL PESO Y ESTRUCTURA DE SUS PIEZAS, METALES Y PIEDRAS. Como si realmente fuese lo que aparenta… pero hecho con otros metales y gemas desconocidas por el hombre… No tarde, comandante. Le espero en mi taller…

Colgó el orfebre. Lívido, Peter soltó el teléfono también. Repitió, como un autómata:

—Es artificial… es falso… pero auténtico a la vez… Hecho con materias que no se conocen, para fingir el oro, el platino y las gemas… Dios mío, Connie, pero si eso… ¡ESO ES IMPOSIBLE!

Capítulo VI

HECATOMBE


L turbocar de Peter Green frenó con un largo chirrido a la puerta del edificio de pocas plantas donde residía el técnico en joyería de «Rock's».

—Tenga cuidado, comandante —suspiró Connie, alarmada—. Ya tuvo un accidente una vez. ¿Quiere repetirlo?

Peter estaba nervioso.

Green gruñó algo entré dientes, y avanzó hacia el edificio, saltando elásticamente a la acera de la parada. Connie le siguió, y pulsó el resorte del vehículo. Éste se puso en marcha, dócilmente, partiendo automáticamente hacia la parada, sin pasajeros. Luego, si precisaban otro, bastaría llamar en el más cercano poste pulsador de las aerovías urbanas, de reciente creación, para que otro taxi colgante viniera a la llamada.

—Vamos —dijo Green con voz tensa—. Entremos ahí. Tenemos que ver lo antes posible a ese hombre, saber qué quiso decir con eso de materias desconocidas y de ser falso y, a la vez, valioso.

—Cualquiera diría que el que la copió, lo hizo con minerales de otro planeta —rió Connie, divertida.

Peter le dirigió una ceñuda ojeada de soslayo, sin detenerse en

su marcha, y cuando estuvieron en la puerta de la edificación, buscó en un indicador magnético de residentes. Encontró lo que buscaba en la Planta 5, Puerta 12: «Art Heilden, Joyero».

—Vamos allá —dijo simplemente, pulsando el resorte correspondiente a Heilden. La puerta electrónica se abrió, dejándoles paso al vestíbulo, para cerrarse en el acto. Al fondo, un ascensor sin empleado deslizó su puerta automáticamente, bajo el efecto de la llamada hecha por Peter, y subieron los dos jóvenes al vehículo, que cerróse de nuevo, subiendo hasta el quinto piso sin necesidad de nuevos toques a sus resortes. Allí, el ascensor se abrió, dejándoles salir, y cerróse, volviendo a descender. El sistema automático de los actuales edificios era muy práctico, silencioso y eficaz.

Llegaron ante la entrada rotulada con el número 12. Peter oprimió el llamador, que zumbó dentro. Nadie acudió a abrir. Repitió Peter la llamada.

Esta vez la puerta, al apoyarse en ella Green, cedió. Estaba abierta, sin ajustar. Connie se aferró a su brazo, instintivamente.

—Tengo miedo —susurró.

—¿Por qué razón? —sonrió animoso Peter—. Vamos, Connie. El señor Heilden es muy olvidadizo o muy confiado. Eso es todo…

Entraron. La vivienda era funcional, moderna y cuidada. Tenía un intenso aroma a algo. Peter olfateó, sin identificar exactamente el olor aquel. Fue Connie quien se lo dijo:

—Amoníaco rebajado —susurró—. Tiene el mismo olor que las fábricas de hielo sintético…

Green dijo:

—Sí, eso es. Hielo sintético… Me preguntaba cuándo había olido antes algo así. Debió de ser en las cámaras frigoríficas de la Base… Vamos, Connie, allí veo la puerta de su estudio. Debe de estar allí el confiado y distraído señor Heilden. Le daremos un buen susto…

Cruzaron un «living», con televisión tridimensional, empotrada en el muro. Al fondo, una puerta mostraba un rótulo plástico, verde y blanco: «ESTUDIO. PROHIBIDO EL PASO.»

Peter se detuvo ante aquella puerta. Llamó. No respondió nadie Connie apretó con mayor fuerza su brazo. El miedo se reflejaba en su rostro.

—Tal vez se ha dormido —opinó Peter—. Dijo que estudiaría

por la noche la joya, cuando se la entregué ayer. Ha debido pasarse la noche en vela, y al encontrar la solución al análisis, se durmió tranquilamente. Veremos si esta puerta cede…

La empujó. Cedió sin ruido, suavemente. Se asomó Peter al estudio. Sonrió, volviéndose a Connie. El olor a hielo sintético era más fuerte que antes.

—¿Lo ve? —dijo risueñamente—. Duerme apaciblemente. Lamento despertarle, pero si es tan urgente lo que debe comunicarme, sabrá disculpar, a fin de cuentas…

Entró. Connie le siguió casi a viva fuerza. El estudio parecía lleno de mesas de trabajo para joyería, lentes, lupas, pedrería y metales preciosos, en piezas o en cajas con numeración según su tamaño, faceteado, etc., y el juego de luces era complicado y eficaz para la tarea que Art Heilden había de realizar.

Ante Heilden, retrepado en el asiento, inmóvil y con los ojos cerrados, centelleaba el colgante de la perla, herido por la luz de uno de los focos desde el techo, lanzado directamente sobre la joya.

Peter dominó su irritación de ojos, que le provocaba llanto, a causa del fuerte aroma a amoníaco que allí se sentía. Acercóse a Heilden y le tocó el hombro, hablando:

—Vamos, señor Heilden, ¿qué sucede con el colgante que le entregué?

Ocurrió algo horrible.

Art Heilden, joyero, no se despertó. En vez de eso, al golpe suave de Peter, se derrumbó como un muñeco, contra el suelo, y allí se quedó de bruces, rígido e inmóvil.

Connie chilló, retrocediendo. Peter Green, pálido pero sereno, se abalanzó sobre él caído, le volvió bruscamente, para averiguar qué podía sucederle. Al tocar su piel, sufrió un estremecimiento. Estaba helado. Incluso demasiado frío para ser un cadáver.

Y eso que Heilden era, ciertamente, un cadáver. Su corazón no latía en absoluto, sus labios, ahora que se hallaba fuera de la luz, aparecían amoratados.

Y la epidermis parecía hielo puro, incluso ofrecía escarcha brillante, cuajada entre sus pestañas y contraídos labios.

Como si hubiese estado metido en una nevera durante varias horas. Congelado. Muerto por congelación…

Un ramalazo de horror sacudió a Peter Green y a Connie

Robson, que ahora, con su gesto de terror, miraba a Peter, esperando que él hablase.

—Lo… lo siento, Connie —susurró el joven Green apesadumbrado—. Está muerto… Congelado… Congelado de un modo como jamás vi antes a persona alguna…

Connie chilló de nuevo, y abalanzóse sobre Peter, acurrucándose contra su pecho, con un inevitable impulso de miedo, buscando protección. Green no tuvo otro remedio que rodearla con su brazo, musitando torpes palabras de consuelo y de aliento.

* * *

—Comandante, dígame que todo eso ha sido un sueño atroz, una pesadilla…

Peter Green contempló los patéticos ojos de la joven, fijos en él. Hizo un gesto irritado y declaró con sequedad:

—Podría decirle todo eso, Connie…, y mentirle vilmente. No es verdad. Usted sabe que no es verdad. No es un sueño, no es una pesadilla. Es, simplemente, una realidad. A Art Heilden, joyero y orfebre, le han matado. O ha muerto, no sé. Pero aquí no. Muerto por una temperatura glacial…

—Aquel olor, comandante… —Connie se irguió, excitada—. Aquel olor a amoníaco…, a hielo artificial… Y un hombre aparece muerto por congelación… ¿No puede tener relación?

—Es evidente que la tiene. Sería demasiado casual. Escuche, Connie. Comprendo y disculpo su terror. Pero es preciso sobreponerse a todo, eludir debilidades funestas. Ahora ya sabemos que estamos frente a algo siniestro, implacable. Una amenaza sin forma ni origen definido, pero que ya ha aniquilado a dos seres: Skud y Heilden.

—Pero ¿por qué…, por qué, señor?

—No lo sé. No sé nada de nada. A Skud tal vez le mataron para que no hablase del accidente. A Heilden… para que no dijera nada sobre esto —mostró la joya, que soltó destellos vividos bajo los focos de luz del estudio del orfebre.

Connie se estremeció a la vista de la extraña joya. Luego murmuró:

—Otra vez se termina la pista. ¿Qué haremos ahora,

comandante?

—Llevar la joya a otro orfebre. Y no moverme de su lado hasta que termine el examen. No quiero correr más riesgos.

—¿Y no será eso un riesgo mayor? ¿No puede morir usted con él?

—No lo creo. No se atreverán conmigo. Iré armado— dijo duramente Peter.

—Armado, sí. Pero ¿contra quién? ¿Contra «qué»?

La pregunta tenía más sentido del que aparentaba. Green enmudeció, pensativo. Luego se encogió de hombros, con una expresión rara en su faz.

—Contra lo que sea, Connie. No pienso darme por vencido. Aún no estoy derrotado. Sea lo que fuere lo que está ante mí…, no me ha derrotado aún.

Quizá fue por su oportunismo. Pero lo cierto es que el zumbido estridente del teléfono, situado junto a la mesa de trabajo de Heilden, sobresaltó a Connie, e hizo dar un leve respingo a Green, que volvió hacia el receptor sus ojos centelleantes, excitados.

No se movió, no respondió. El teléfono siguió zumbando. Los dos jóvenes se miraron. Tenía algo enervante, algo extraño aquella llamada. Era… como si viniese de la realidad. Y ninguno sabía el porqué, aunque los dos jóvenes lo presentían en el fondo de su ser…

—¿No…, no responde? —musitó ella—. Yo…, yo creo que no tengo valor para eso…

Peter asintió con la cabeza. Luego soltó a Connie, que se había vuelto a acercar a él, buscando una protección quizá puramente moral, puesto que allí no parecía haber peligro inminente alguno, pese a la presencia del cadáver congelado de Heilden.

Avanzó Green hacia el teléfono. Lo contempló, como fascinado, mientras repetía la llamada. Esperó aún un segundo, acaso dos. Luego, resueltamente, estiró la mano, tomó el auricular, con aire tenso crispados sus nervios y músculos.

—¿Quién llama? —preguntó roncamente.

—Un amigo —respondió una voz extraña susurrante y metálica —. Suponía que me iba a responder usted, Green…

Peter sintió una punzada en pleno estómago, y debió de palidecer, porque su rostro se cubrió de un sudor frío, helado como la misma piel de Heilden. Habló, inseguro:

—¿Cómo…, cómo sabe que soy Green?

—Tengo medios de saberlo, comandante Peter Green…

—Y usted ¿quién es?

—Pretende saber demasiado. Ya le dije antes quién era: un amigo. Un amigo que le aconseja que deje de hurgar donde no debe. Hay cosas prohibidas, Green. Cosas que uno no debe de saber. Ésta es la más prohibida de todas. Manténgase lejos. Lejos de todo lo que busca.

—¿Por qué he de hacerlo? —Peter estaba rígido, demudado—. ¿Qué significa esto?

—Significa que ha pretendido ir demasiado lejos. Deténgase. O aún irá más lejos.

—Es evidente. Y pienso ir. Mucho más lejos.

—Seguro que sí. Irá a la muerte. Como Skud, como Heilden…

—¡Quiero saber quién es! ¡Si tiene valor, hablará! ¡Si no, yo le desenmascararé, canalla! —aulló Green, ante la sorpresa creciente de Connie Robson, que ignoraba lo que Peter estaba escuchando, pero advertía su gravedad por las reacciones de su jefe.

Una risa larga, metálica y demoníaca, llegó a través del auricular. Tan aguda fue, que hasta Connie la captó, y se estremeció, palideciendo, con ojos dilatados de terror.

—No sea necio, Peter Green —dijo la voz—. Ni usted ni ningún hombre de su mundo pueden hacer nada… No puede perjudicarnos a nosotros… Y nosotros estamos próximos a usted… Le vigilamos de cerca… Renuncie a saber… Vuelva a casa… y quizá nunca volverá a verse solo en su propia ciudad… Otra cosa, Green… Perderá el tiempo llevando ese colgante a otro experto…

—¿Por qué? ¿También piensa matarle por congelación? —chilló Peter.

—Usted es muy listo, Green. Pero no abuse de ello… No, no necesitamos matar a nadie…, excepto a usted. Si no obedece, claro está… Esa joya ya no es la que usted tenía en su bolsillo. Es la auténtica, la que Skud compró en «Rock's»… Y Skud no era lo que aparentaba… sino uno de los nuestros, Green.

Una nueva risita, larga y escalofriante, llegó por el teléfono. Luego colgaron. Peter Green, impresionado, fue dejando lentamente el auricular. Connie se acercó a él, muy asustada.

—¿Qué… qué ha sucedido, comandante? —inquirió con voz

quebrada.

—Ni yo mismo lo sé. Un hombre…, supongo que sería un hombre…, me habló…

Connie preguntó:

—¿Por qué dice eso? ¿Qué cree que podía ser, entonces? ¿Una mujer?

—No, no… Es que… hablaba como si no fuese un hombre… Se refirió a mí diciendo: «Ni usted, ni ningún hombre de su mundo pueden hacer nada… para perjudicarnos a nosotros…» ¿Se da cuenta, Connie? Era como si él…, como si él… no fuese de este mundo. Ni él… ni otros como él…

Connie, muy pálida, se estremeció. Sin separar los ojos de Peter Green, susurró:

—Pero…, pero ¿qué quiere dar a entender con eso? ¡No es posible! ¡No existen los fantasmas!

—No he hablado de fantasmas, Connie.

—¿Qué? ¿Monstruos, acaso?

—Acaso, Connie… Pero no los monstruos que usted sugiere. No esa clase de monstruos, sino seres que pueden fingir que son como nosotros físicamente… como sucedió con Skud…

—¿Skud? ¿El hombre que murió en la caída por el hueco del elevador?

—Eso es. Skud era uno de «ellos», lo ha dicho ese ser del teléfono. Dijo que no era lo que parecía, sino uno de «ellos». ¿Se da cuenta, Connie? Era un ser vulgar, un hombre como otro cualquiera, sin nada notable al parecer. Y, sin embargo, no era lo que parecía. ¿Qué podía ser, entonces? ¿Qué, Connie? ¿Puedes tú…?

—Un… un ser no humano…

—Eso es. Un ser «no humano»… enviado por alguien, para fingirse víctima del choque conmigo. Para no revelar que yo había chocado con un vehículo vacío… en una ciudad desierta, sin vida… en un Nueva York que nadie sino yo ha logrado ver aún… —Peter Green hablaba excitado. Su imaginación, su mente, estaban concentradas en aquel enigmático desarrollo de conclusiones inauditas—. Skud no existía, pero hubo que inventarlo. Para justificar mi choque en… en esa otra dimensión o lo que sea donde me encontré en aquel instante terrible e inolvidable.

—Pero, comandante, hablar de «otras» dimensiones… parece expresarse en lenguaje de novelas de «anticipación» y todo eso…

—Quiero darle algún calificativo. No creo que fuera exactamente eso. Pero de alguna manera he de llamarlo. Connie, ahora ya he tenido contacto con «ellos». Me han advertido, me han amenazado. Debo dejar todo esto. O seré yo el sacrificado,

—¿Y lo va a dejar?

—No —aseguró Peter, encajando con energía las mandíbulas—. Sea cual fuere mi enemigo, seguiré adelante… He recordado algo, Connie…

—¿Qué?

—Ese olor… a amoníaco o hielo sintético… No fue en las cámaras frigoríficas de la base donde lo sentí anteriormente… Fue en otro lugar…

—¿Dónde, comandante?

—Ahí… en Nueva York… En el Nueva York que vi sin gentes ni vida… como un desierto cementerio en torno mío… Olía también a hielo sintético, Connie…, como esta habitación…

—Dios mío… —ella se estremeció—. ¿A qué atribuye eso, comandante?

—A que «ellos»…, quienquiera que sean…, despiden ese olor… Un olor que es mortal seguramente… si «ellos» se acercan a uno… porque congelan todo aquello que tocan o rozan… Es una posibilidad, Connie, solamente una posibilidad…, pero muy factible…

—Cielos… —muy pálida cubrió su rostro con ambas manos—. Es… es horrible… Una teoría espantosa, señor… Según eso… «ellos» podrían aniquilarlo todo…, sin ni siquiera atacarnos.

—Es posible que sí. Pero solamente si la teoría fuese cierta.

—Dios quiera que no lo sea… En ese caso, tal vez habría visto usted, en aquella alucinación, visión o realidad, una premonición del futuro. El futuro del mundo acaso.

—No sé… —Peter Green hundió la cabeza sobre el pecho—. Creo que no era eso lo que vi. A mí me da la impresión de que aquello era el presente… A pesar de su aspecto desolado, como si fuese una urbe en un mundo despoblado por algún horror universal… parecía ser hoy, el momento actual, no un futuro más o menos cercano…

—Entonces ¿cómo podría explicarse eso, comandante?

—No pretendo explicarlo aún. Sigo buscando la explicación al enigma, Connie. Ahora ya sé algo más. Skud fue enviado por esos seres para fingir ser quien no era. Y, cuando se hizo innecesario, lo borraron del mundo. Ya había fingido chocar conmigo, había adquirido la joya que ellos debieron saber que yo poseía…, aun sin saberlo yo aún… Luego han seguido vigilándome, aunque ignoro cómo… y ahora saben en qué punto exacto de mis pesquisas me encuentro, Connie… Lo han debido de saber siempre… Cuando averiguamos que Skud había muerto… Cuando estuvimos en la joyería, cuando hablamos por teléfono con Heilden. Quizá controlan los teléfonos… —lo miró con vivo horror—. Y todo, absolutamente todo… ¿Recuerda lo que nos dijo la patrona de la residencia donde Skud se alojaba? Él tenía acento extranjero…, como si viniese de Centroeuropa. Y era lo que él había pretextado. Por tanto, no saben hablar bien nuestra lengua… Al menos, no todos ellos. El que habló conmigo por teléfono, en cambio, aunque tenía un timbre metálico, casi chirriante, se expresaba en correcto inglés.

—Un momento comandante —cortó Connie, sorprendida, mirándole fijamente—. ¿Qué es lo que ha dicho sobre «nosotros», en la residencia de Skud, y lo de esa patrona?

—Me refería a su acento centroeuropeo. Usted tiene que recordar lo que ella dijo…

Connie Robson le miró como si de nuevo dudara de su equilibrio mental. Y lanzó lo inesperado, lo inaudito, lo increíble para Peter Green. Increíble aun entonces, después de tantas experiencias asombrosas y terribles:

—Pero, comandante, yo nunca… nunca… he ido con usted a la residencia donde Skud vivía… Me contó lo que le sucedió…, pero yo no estaba con usted cuando fue allí…

Capítulo VII

¿HUMANOS… INFRAHUMANOS…
O SOBREHUMANOS?



ETER GREEN se despertó. Estaba bañado en sudor, aunque tenía la piel helada. Una angustia creciente le atenazaba como un dogal, asfixiándole.

Se incorporó de un salto, dirigióse a la estancia contigua, abrió el mueble-bar y se sirvió un buen trago de brandy, que apuró de una sola vez. Se sintió mejor, pero tenía la boca seca, áspera, los labios agrietados y resecos. Se encaminó a la cocina, abrió la nevera empotrada en el muro aislante y extrajo una botella de naranja fría, que apuró de un trago casi violento.

Luego se pasó el dorso de la mano por la frente bañada en sudor. Hundió las manos en los bolsillos de su pijama de sedaplast azul, y se encaminó a la terraza de su casa. Abrió la vidriera, se asomó a la ciudad inmensa, salpicada de luces, con mil ruidos distantes, vivos, a pesar de lo avanzado de la hora. El gran reloj del «21st Century Building» marcaba las cuatro y cuarto en su luminiscente esfera verde.

Peter respiró el aire casi a bocanadas. Se sintió mejor, se secó

algo su transpiración fría y un soplo de aire húmedo, procedente del Gran Harlem Chanel, antiguo río Harlem, ahora canalizado por los medios más modernos, agitó sus cabellos rubios y pegó su pijama azul al cuerpo.

«Dios mío… —musitó, mirando a la inmensa, urbe, extendida como un mundo de luz, de calor y de vida a sus pies, salvo en los gigantescos rascacielos que superaban la altura de su propia vivienda en pleno corazón del nuevo Manhattan—. ¿Será posible esta pesadilla? ¿Es factible que toda una ciudad, que todo un mundo viva confiado, que la existencia humana siga su curso inmutable, su ritmo eterno, sin saber que hay algo, una amenaza en la sombra…, una amenaza capaz de crear horribles monstruos que se nos antojan aquellos seres a quienes mejor creemos conocer?»

Se cubrió los ojos con su mano crispada. No quería recordar que él mismo había caminado al lado de uno de aquellos monstruos, hasta la vivienda de Skud. Que la Connie Robson de aquel día, igualmente gentil, hermosa y risueña, su leal colaboradora de siempre no era ella…, sino un ente atroz, un ser de forma desconocida, de naturaleza ignorada capaz de presentarse a los ojos de los humanos como si fuese realmente un humano…, adoptando la forma, la voz, la apariencia de alguien que existía…, de alguien a quien uno conocía bien. Si eso era posible, entonces «ellos» podían ser los amos de todo. Evidentemente, tal vez estaban en el principio de una invasión. Una terrible invasión que siempre pareció simple obra de las mentes rutinarias de los escritores de Ciencia-Ficción. La invasión de la Tierra por parte de «algo» llegado de otro lugar en el espacio…

Connie había jurado y perjurado, aquel mismo día, que ella nunca acudió con Peter a la vivienda de Skud. Luego era «otra» Connie la que acudió entonces…, cubriendo el puesto de la auténtica, que jamás recibió la llamada de él, citándola para ir allí…

Peter creía estar ya al borde de la locura. Quizás esto era mejor que no saber nada, que moverse en tinieblas. Pero es que realmente ¿sabía él algo? No. Ni siquiera había visto a uno solo de aquellos seres demoníacos. No había conocido más que la voz de uno de ellos, el falso aspecto «humano» de la sosias de Connie Robson…, ¿Y qué era eso? Absolutamente nada. O casi nada…

Además… ¿qué significaba aquella visión de Nueva York desierto, sin vida ni sonidos, sin existencia humana, desolado hasta límites alucinantes y terribles?

Peter Green comprendía que seguía en tinieblas, que ignoraba todo, o casi todo sobre aquel posible horror que se cernía, en alguna parte, sobre la Tierra y sus habitantes…

Era desesperante.

De súbito percibió la proximidad de algo. Algo inquietante, quizás un nuevo horror…

Fue una sensación tan profunda, que resultó casi física…

Y luego sucedió aquello. Fue un timbrazo en la puerta de su casa cortado bruscamente. Luego un repiqueteo frenético, inseguro. Y un golpe sordo contra la puerta.

Se volvió brusca, violentamente. Escuchó. Nada. Ahora sólo había silencio. Corrió hacia la entrada del piso, cruzando su dormitorio y el pequeño «living». Ya en el recibidor, se contuvo un momento, vacilando.

No sabía si acudir, si ver lo que había ocurrido al otro lado de la entrada, o mantenerse previsoramente allí. Recordó algo. De cuantas cosas devolvió, como militar, había una que conservaba: Una pistola superautomática, de cargas termoexplosivas. Una de aquellas armas de nueva invención, potentes, eficaces y ligeras.

Volvió a por ella. Esgrimiéndola con firmeza, regresó a la puerta. Escuchó de nuevo. No oyó nada. Fuera lo que fuese aquello, no se había repetido. Siempre armado, entreabrió el diminuto disco de la mirilla. A través de su lente de aumento, miró al exterior. No descubrió nada. Ni a nadie.

Vaciló de nuevo. Luego, resueltamente, tiró hacia sí de la puerta, abrió, empuñando con firmeza la pistola. Oteó el exterior. Lanzó un juramento, inclinándose con rapidez hacia el suelo del desierto corredor.

Desierto, a excepción del cuerpo caído ante su puerta. El cuerpo de un hombre uniformado, de un hombre que, sin saber por qué, y súbitamente, le pareció conocido, Al inclinarse sobre él lo arrastró hasta el interior de su vivienda. Luego cerró con rapidez. Una crispación de angustia ensombreció su faz, al descubrir el surco rojizo, sangriento, que iba dejando el cuerpo tras de sí.

Lo volvió, ya en la alfombra esponjosa del «living». No se sintió

excesivamente sorprendido. Era justamente quien él había creído identificar ya antes, el teniente Garland, uno de sus compañeros de experimentaciones en la base.

Era Chris Garland. Con el pecho cubierto de sangre y la faz lívida, contraída por una terrible expresión de agonía. Aún estaba vivo. Pero Peter Green supo que eso no duraría mucho. Estaba muriéndose. Su final se aproximaba por momentos…

—¡Teniente Garland! —jadeó Peter—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Dónde se hizo esa herida?

Mientras hablaba, desabrochó su guerrera. Tenía el pecho perforado por algo. Quizá por un objeto punzante, de metal, de gruesas proporciones. Algo así como una viga rota, o cosa parecida…

—La… la ciudad… —susurró roncamente el herido, entre sus labios contraídos, sangrantes, alzando unos ojos vidriosos, inexpresivos, hacia Peter Green, que escuchaba sorprendido—. Ahí fuera, Peter… La ciudad… está desierta… No… no queda nadie…

Un escalofrío sacudió a Peter. Miró, angustiado, hacia el ventanal. Percibió confusamente los ruidos del tráfico, descubrió el parpadeo de los luminosos multicolores. Por un momento, había creído que la pesadilla volvía, que se repetía el horror. Pero era sólo un delirio… El delirio de un hombre que estaba muriendo.

—No, Garland, no está vacía. Ya no. La gente ha vuelto —dijo suavemente, tratando de contemporizar.

El herido le miró con una fijeza y avidez estremecedoras. Luego casi chilló, en la medida de sus ya exhaustas fuerzas:

—Coman…dante Peter Green… Usted… no puede dejar… de creerme… Le… le sucedió a usted. Igual… igual me ocurrió a mí… Corrí por esas calles… desiertas, silenciosas, bajo los fluorescentes, que parecían brillar en un… en un mundo sin vida ni seres… Una máquina de discos sonaba…, sonaba sola, en un bar desierto… Un teatro anunciaba un bonito espectáculo. Pero entré… y no había nadie. Ni en las butacas, ni en el escenario… Era… era un mundo muerto, de fantasmas, comandante… Y, de repente me dio la locura…

—Garland vale más que no se fatigue —avisó Peter—. Buscaré un médico y…

El teniente dijo:

—No, no. Ya es tarde. Me muero, comandante… Me dio la locura y subí a un edificio en construcción. Tenía…, tenía mucha gracia, ¿sabe, comandante? El edificio en… en construcción… era el Edificio Rockefeller… Absurdo, ¿no? Siempre estuvo terminado, yo no lo vi nunca a medio hacer… Pues estaba…, estaba a medio hacer… Reí como un loco, caí por el suelo… Una viga metálica me enganchó… Sentí el impacto de su aguda punta, un dolor horrible… Me desvanecí…, pero luego me recuperé, alcancé la calle…, tomé un vehículo… No sé cómo llegué. Me recuperé ante… ante esta casa… Subí, Peter…, en busca de ayuda…

Green le contemplaba fijamente. Un gesto de intensa preocupación, y a la vez de ira, de angustia, le crispaba el rostro.

Peter dijo:

—Teniente Garland, usted estuvo también en el mismo lugar que yo… Pero vio más que yo… Y al sufrir esa herida ha sido devuelto también… Devuelto a la realidad, desde… bueno, desde donde fuese… La ciudad vive de nuevo, Garland. Ya no está desierta, como usted y yo la vimos…

—Todo estaba… estaba sin vida… —jadeó el moribundo—, Calles edificios… Mi propia casa… la base…, el aeropuerto municipal… Lo vi yo mismo, Peter, yo mismo… Parecía todo igual… y yo, sin embargo, sabía que aquello no podía…, no podía ser… Era como…, como un decorado. O una maqueta, no sé… Parecía…, parecía «falso», comandante Peter… Yo… ¡Por Dios, Peter, ayúdeme! ¡Me… me… mue…ro…!

Peter Green no podía ayudarle. Le vio morir, con una bocanada de sangre. El teniente Garland se quedó muerto ante él, sobre la alfombra de espuma de su «living». Se irguió lentamente Peter. Abatido, maltrecho por el duro impacto que aquello suponía…

Como fascinado, contempló el hombre muerto. Otro que había vivido en la ciudad desierta, en el mundo fantasma del Nueva York sin gente ni vida… Y había vuelto para morir. Un Nueva York en el que no vio a nadie, una ciudad donde el Edificio Rockefeller estaba en construcción… ¡Era absurdo, disparatado!

Pero él, mejor que nadie, sabía lo cierto que era aquel ir y venir por calles sin un alma, por avenidas desiertas y silenciosas, en un mundo alucinante y estremecedor.

Dejó el cuerpo de su visitante, volviendo a la terraza para

comprobar si, ciertamente, todo continuaba igual. Tal y como él lo viera poco antes…

Sí. Aquél era el Nueva York cotidiano, el mundo de siempre. Luz, ruido, vida, bullicio… Ventanas abiertas, aerovías, rótulos fluorescentes, canales concurridos por barcos-taxi de servicio urbano… Todo se movía todo palpitaba.

Pero entonces… ¿de dónde llegó el teniente Garland? ¿De dónde regresó él mismo, días atrás? Parecía que hubiera tenido que ocurrirles allí mismo, en aquellas calles. Pero Peter sabía que no pudo ser así. No tenía explicación, pero no era así. No podía serlo.

La presencia del cadáver del teniente nada demostraría. Es más, si refería esa historia, sí que le tomarían por loco. Pero rematadamente loco. ¡Un hombre herido por una viga de metal de Rockefeller Center! ¡Vigas que llevaban lustros enteros cubiertas por los recios muros de la edificación!

Se encaminó al teléfono para llamar a Connie. Pero en el acto rectificó. No, no era lo oportuno. Podía acudir «otra» Connie… Estaba seguro ahora de que «aquello», cualquiera que fuese su naturaleza, controlaba ya incluso las líneas telefónicas terrestres. Los tentáculos del pulpo invisible estaban cerrándose en torno a él… y otros como él…

Peter Green prefería esperar a ver al día siguiente a Connie, para hablar con ella, y referirle lo sucedido con Garland. Tampoco resolvería nada con dar cuenta de lo sucedido a la base, en su estricto sentido. Era mejor anunciarles tan sólo que Garland acudió a su casa, herido y en demanda de auxilio. Pero no decir ni palabra de su relato, o volverían a mirarle como a un loco, esta vez con mayor motivo que nunca.

Sus ojos, fijos en Garland, reflejaban su angustia, su aprecio hacia el muchacho mientras refería por teléfono, dirigiéndose a la policía, lo sucedido en su vivienda. Sin aludir, naturalmente, para nada en absoluto, a la inverosímil historia referida por el muerto.

Luego colgó, con sombría resolución.

Se sentó frente al amigo inmóvil, con la expresión del que sabe que está siendo derrotado por un poder que ni siquiera puede imaginar en qué radica. Pero que existe en alguna parte, que acecha y emite sus designios siniestros y mortales…

* * *

Por fortuna la policía no había preguntado demasiado. Se conformaron con su relato, al indicarles que Garland llegó agonizando, que contó haber caído de un edificio en construcción, que no reveló cuál era, y que su muerte había sobrevenido en seguida, sin que tuviera tiempo material de hablar.

La policía no debía de sospechar nada. Sólo él sabía que eso era falso. Él… y el poder oculto que todo parecía saberlo. Pero éste no había vuelto a manifestarse nuevamente. Peter se preguntaba dónde estaría ahora, vigilando sus acciones, incluso quizá sus propios pensamientos…

Notificó a Connie lo sucedido, directamente a su casa, y por teléfono. Desde que sabía que una falsa Connie ocupó su puesto en una ocasión, ambos habían convenido utilizar una frase-clave. Y Connie, nada más saber que llamaba él, la pronunció sin vacilar.

—La leal y alegre Connie al habla —recitó, como al azar—. ¿Qué me cuenta mi jefe?

—Poca cosa. —Él le refirió lo de Garland, sin mencionar lo que constituía realmente peligro. Añadió—: Espero que nos veamos, para charlar de ello ampliamente, Connie…

—Sí, comandante, hablaremos —asintió Connie—. ¿Dónde nos encontramos?

—Acuda con un aerotaxi a Columbus Circle. Estaré allí esperando dentro de una hora. ¿De acuerdo?…

—De acuerdo, comandante —fue la respuesta.

Peter colgó, satisfecho; Esperaba que esta vez no hubiese problemas. Suspiró, disponiéndose a descansar un rato en un diván. La noche antes, con las pesadillas y con la horrible visita de Garland, las cosas se habían complicado, impidiéndole dormir.

Conectó con el mando a distancia la televisión incrustada en el muro. La pantalla de color y estereoscópica se iluminó pronto. Daban un programa deportivo. Lo presenció, en tanto dejaba descansar un largo rato a su cuerpo. Por fin se incorporó a la media hora y comenzó a. vestirse, para ir al encuentro de Connie Robson.

Fue entonces, mientras se cambiaba de ropas, cuando terminó el programa deportivo, y un locutor de noticias ocupó la pantalla tridimensional.

—Buenas noches, señoras y señores —saludó desde la pantalla —. Con ustedes, el. diario boletín informativo de la Televisión Mundial, dedicado al litoral Este de los Estados Unidos… En primer lugar, por su importancia científica, una noticia de tipo astronómico, amigos míos. Ha sido confirmada la existencia de un nuevo planeta, en órbita en torno a la Tierra, y con órbita situada más allá de Plutón, a una distancia aproximada del Sol, de cuatro mil seiscientos millones de millas. Esto es, a unos cuatro mil quinientos millones de millas de nosotros. Según los más recientes cálculos, Plutón se halla a tres mil seiscientos setenta millones de millas del Sol, lo cual nos da la clara idea del lugar donde el nuevo planeta se halla, aunque en una zona glacial, y con una atmósfera escasa y diáfana, indicadora de bajísimas temperaturas, el nuevo planeta hallado, y al que se bautizó con el nombre de Vulcano, el volumen, densidad y apariencia y dimensiones del nuevo planeta son bastante similares a los nuestros. Por supuesto, eso no significa aún nada concreto, y deberán esperarse los resultados de posteriores observaciones favorables, para…

Peter Green bostezó y cortó el boletín. Felicitaba a los astrónomos mentalmente, por aquel valioso descubrimiento. Pero los necios no sabían que, mientras ellos se entretenían en encontrar nuevas Tierras, más o menos similares a la nuestra, cosas mucho más graves y trascendentales podían tener lugar allí mismo, ante sus narices, sin que ellos se dieran cuenta.

No otra cosa explicaba la actitud del hombre misterioso del teléfono, lo ocurrido a Garland, lo que a él mismo le sucedió, la aparición de una falsa Connie, irreconocible como falsaria, aún por el mejor de los observadores.

Ya era hora de ir al encuentro de Connie a Columbus Circle. Le referiría a la joven lo sucedido con Garland. Y su extraña, alucinante historia, de un Nueva York en la noche, tan desierto y abandonado como lo viera él en su sueño o lo que quiera que hubiese sido aquello.

Peter Green salió a la calle. Subió a un aerotaxi, depositó las monedas y arrancó rápidamente, corriendo con velocidad vertiginosa hacia Columbus Circle.

Quería estar pronto con Connie.

Mientras tanto, iba meditando todavía sobre un sinfín de cosas

desconcertantes y horribles. Si alguna duda podía caber de su extraña estancia en una ciudad desierta, aunque la voz del teléfono desmentía totalmente toda duda, allí estaba Garland, el teniente Garland, uno de los escépticos, habiendo vivido igual peripecia. ¿Por qué? ¿Qué se pretendía con eso? ¿Por qué llevarles a aquella imaginaria población que ellos conocían despojándola de toda apariencia familiar y humana?

¿Y dónde estaba la explicación lógica de ese supuesto prodigio?

Pasó con el vehículo frente a un teatro, donde representaban una famosa comedia musical, milenaria en Broadway. Las grandes letras luminosas eran como soles en la noche, sobre la gran pancarta donde se leía: «Las hermanas Kate. Las bellezas de Broadway.»

Eran dos gemelas idénticas. Hermosas y picarescas las dos. Peter jamás había visto dos personas tan iguales. Parecían la misma una y otra, siendo distintas.

El aerovía siguió adelante. Peter, para distraerse, conectó la radio del vehículo. Evidentemente, era la noticia del día, el hallazgo de un nuevo planeta en el Sistema Solar. Sonrió, recordando al funcionario del «Spacial Bureau». Por una vez los inefables ilusos que eran los astrónomos no le habían fallado. Estaban en la verdad cuando le dijeron que había un nuevo planeta en la distancia, más allá de Plutón.

Pero no todos parecían estar de acuerdo. El locutor decía por la radio:

«—… y existen dudas y polémicas en torno a la cuestión. Otros astrónomos observan que el planeta no se halla hoy, a última hora, en el lugar que debería estar, de acuerdo con su órbita y su densidad, peso y dimensiones, iguales a las terrestres. Así, mientras sus descubridores afirman que, según el análisis espectral, dada la enorme distancia, da una coloración azulada, igual a la de la Tierra, y el radiotelescopio de Jodrell Bank capta señales que denotan una configuración de mares y continentes increíblemente similar a la nuestra, casi como una gota de agua a otra, otros aseguran que el supuesto planeta no es sino un aerolito, meteoro o asteroide gigante, casualmente ligado a la ley de gravitación solar, por un fenómeno cósmico, y que su supuesta semejanza con la Tierra es realmente absurda y fruto de imaginaciones calenturientas, poco a

tono con la personalidad científica de sus propietarios…»

Peter Green escuchaba con indiferencia esas palabras. Dejó atrás otra gran pancarta, anunciando a las luminarias de Broadway, las hermosas e idénticas gemelas Kate. El joven comandante rió, pensando, por pura asociación de ideas, en el nuevo planeta Vulcano. Un hermano gemelo de la Tierra, por lo que parecía. Quizá con sus mares y continentes, como dijeran los más imaginativos de sus observadores. Quizás, incluso, si se quería ir más lejos en la teoría, con idénticos países… y ciudades.

Soltó Peter una risita burlona. Pero la risa se le quebró casi a flor de labio. Sus manos temblaron, convulsas, en el volante del vehículo, y un frío sutil e hiriente le recorrió la espina dorsal con súbita intensidad.

Hermanas gemelas… Planeta similar a la Tierra… Idénticos mares y continentes… Ciudades iguales… Ciudades iguales… ¡Ciudades iguales!

—Dios mío… —susurró—. No, eso no puede ser. Sería… sería demasiado fantástico… Un hermano gemelo del planeta Tierra… Tan gemelo, que incluso sus ciudades son las mismas…, pero aún no las habita nadie… Quizá porque… porque han sido construidas así, o están siendo construidas de esa forma… a propósito…

A punto de enloquecer, frenó el vehículo y se llevó las manos a la cabeza, preguntándose angustiosamente:

—Pero entonces… ¿Quién está haciendo eso, en otro planeta? ¿Y por qué…? Además… ¿Cómo hemos sido trasladados Garland y yo hasta allá… y devueltos a la Tierra, el uno herido, y el otro a punto de morir?… Esos seres que han hecho una obra tan fabulosa…, ¿qué son, qué pueden ser? ¿Humanos, infrahumanos… o sobrehumanos?…

Capítulo VII

«ELLOS»

IOS mío, no diga eso, comandante… ¿Cómo se le ha podido ocurrir una locura semejante? ¿Un planeta, a miles de millones de millas de distancia de nosotros… puede ser igual a nuestro planeta?

—Aparentemente, es igual. Lo dicen los científicos, los observadores del espacio. Y si en apariencia es igual…, supóngase que allí moran unos seres que han resuelto reproducir la Tierra, tal y como es. ¿No sería lo más increíble que ha oído en su vida, pero también lo único que explicaría la presencia de ciudades silenciosas, sin poblar?

—¿Quiere decir que son simples reproducciones, copias de nuestras ciudades?

—Eso es. Copias fidelísimas, detalle a detalle,

Pero ellos usan sus propios materiales para fingir los nuestros. De ahí la presencia de metales y gemas desconocidas para un experto, en el colgante que yo robé de la otra ciudad, la falsa…

—¿Pero cómo iban a hacer tal cosa? ¿Y para qué?

—La razón no la sé. Cómo pudieron hacerlo, tampoco. Ni cómo pudieron observar detalle a detalle las cosas de aquí…, salvo si

admitimos que ellos están aquí, mezclados con nosotros ya, desde hace años… Bajo una fingida capa humana, que es su mejor disfraz, puesto que hemos descubierto que son mutantes y pueden, en cualquier circunstancia, fingirse ser lo que nunca fueron, alterando su envoltura física…

—Dios mío, suena a una fantasía delirante…, o a una locura incalificable.

—No es una cosa ni otra, Connie. Me ha costado descubrirlo. Y si he caído en la cuenta de ello, ha sido por simple y pura casualidad. Un cartel teatral y un boletín de radio me dieron la clave.

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora, comandante, con lo que sabemos? ¿Ir a la policía, al Ejército…, o al propio Presidente?

—No nos creería nadie. Eso de que exista en un lugar del Sistema Solar una especie de «Tierra Número Dos» resulta un disparate tan grande, dicho así, que nadie admitiría ni por un momento su verosimilitud. Por tanto, hemos de callar, Connie.

—¿Callar? ¿Y asistir impotentes al plan de esos otros seres, sea cual fuere su proyecto?

—Ciertamente, Connie. No hay otro remedio. Es más, posiblemente ahora estemos ya en peligro, —¿Peligro? ¿Qué peligro?

—No olvide que esos seres, quienquiera que sean saben lo que hacemos, quizás incluso lo que pensamos… Si controlan todo en la Tierra, si son capaces de construir un duplicado de la Tierra misma, en una labor ingente e incalculable, en la superficie de otro cuerpo celeste, planeta o asteroide, serán capaces absolutamente de todo…

—¿Incluso de destruirnos?

—Eso es lo primero que harán, en cuanto descubran lo que sospechamos ahora. No les conviene que nadie sepa y difunda… Por algo que no sé, pero que me aterra, sin conocer la razón, han levantado ciudades, campos, playas y mares y perfeccionan todo eso hasta tal límite, que un hombre, abandonado solo en ese duplicado, cree seguir realmente en su ciudad…, y que ésta se ha convertido en un lugar desolado y terrible.

—Entonces eso… eso explica todo. Lo de la joya, lo del choque, la llegada del falso e inexistente Skud, la muerte del orfebre, la desaparición de la joya primitiva, sustituida por el original

terrestre…

—Sí, eso lo explica todo. O casi todo —Peter Green frunció el ceño, meneando la cabeza con escasa satisfacción—. Pero no me gusta, Connie. Hay otras muchas cosas nuevas que no logro explicarme. Por ejemplo: ¿qué gigantesca idea puede mover a unos seres, por poderosos y capaces que sean, a reconstruir todo un duplicado exacto de la Tierra, a esa distancia de nosotros, en un lugar donde el sol será mucho más débil y lejano, y el clima virtualmente helado, aunque lo combatan con sistemas de calefacción invisible, para que quien allí vaya no note la diferencia?

Connie Robson no dijo nada. Se estremeció, ante lo que sugería esa pregunta de Peter Green. Tenía su café, en aquel bar de Columbus Circle, a medio consumir solamente. Pero ya estaba frío, y no parecía dispuesta a pedir otro tampoco. Su palidez y nerviosismo eran evidentes. Tampoco Peter, a pesar de mantenerse sereno, era muy dueño de sus nervios.

—Vámonos —dijo incorporándose y pagando las consumiciones —. Será mejor que vuelva a casa, Connie.

—¿Y usted, comandante?

—También volveré, no tema —suspiró Peter—. Después de todo, Connie, ahora comprendo lo inútil que sería todo. ¿Cómo puedo combatir a unos seres así… que, además, son capaces de viajar por el espacio y viven, tal vez, a más de cuatro mil millones de millas de distancia de nosotros?

Salieron a la calle. Peter esperó a que llegara un autocar de alquiler, tras pulsar el resorte de llamada. Cuando se detuvo uno, depositó el dinero en su caja-taxi y subieron él y Connie.

—Tengo sueño— bostezó Connie, cuando Peter arrancó—. Estos últimos días no hemos dormido demasiado, comandante. Ni usted, ni yo.

—Es cierto —asintió Peter, somnoliento, mientras conducía el vehículo—. Son demasiadas emociones ya, Connie. Y escaso descanso. Ahora, cuando vemos que todo lo que se pueda intentar es inútil… vale más recuperar las horas perdidas de sueño. ¿Ve, criatura? ¿Por qué habló de sueño? Ahora apenas puedo… tenerme en pie…

Bostezó una y otra vez. Se cerraban sus ojos, al igual que los de Connie, y vencíase su cuerpo sobre el volante. Acabaría

durmiéndose allí mismo, al volante, si no se dominaba.

—Es que… ahora mismo… he sentido… este sueño invencible, profundo…— musitó ella, dejando caer atrás su cabeza en el muelle asiento, vencida por el extraño, repentino acceso de sopor—. ¿Porqué… no descansa usted… también?

—No, no puedo… No puedo… —se irritó Peter Green, luchando contra aquella tremenda presión del sueño sobre sus párpados—. O tendré que frenar para… que no choquemos…

Dio un brusco frenazo, se detuvo, justamente en el momento en que su cabeza, vencida por la súbita somnolencia, caía sobre el volante, quedándose inmóvil allí…

Se rehízo rápidamente. O él pensó que era así. Se frotó los ojos, irritado, al erguirse, alejando de ellos el profundo sopor que le venciera antes. El sueño desaparecía ya, y pudo mirar ante sí, irguiéndose por completo, con sobresalto.

—Cielos, Connie, nos habíamos dormido —masculló con voz pastosa, torpe—, Vamos ya. Hay que continuar… Despierte, por todos los diablos.

Connie masculló algo, empezando a incorporarse, para obedecer a Peter, con un duro esfuerzo sobre su voluntad, vencida por la densa somnolencia de antes.

—¿Cómo… cómo ha podido suceder? —musitó ella, incorporándose del todo.

—No sé. Juraría…, juraría que era como aspirar un anestésico… —Peter sacudió la cabeza, irritado consigo mismo—. Vamos ya, sigamos adelante. Su casa no está lejos, Connie…

Miró hacia delante, volviendo a poner en marcha el vehículo. Connie oteó por las ventanillas laterales, con indiferencia, procurando vencer los últimos restos de su sopor.

Y entonces…

—¡Dios mío, comandante! ¡Mire ahí! —gritó con voz quebrada, convulsa—. ¡La ciudad… la ciudad está desierta!

* * *

Peter Green volvió a frenar el vehículo, apenas puesto en marcha. Con una imprecación, violentamente, se incorporó, asomando su lívida faz al exterior, sin preocuparse del peligro de

abrir la portezuela, suspendidos a aquella altura sobre el nivel de las calles.

Era cierto. Connie no sufría una alucinación ni un error.

Otra vez… Otra vez en Nueva York, rodeado de soledad. Sin nadie en derredor. Como él estuvo ya una vez. Como estuvo el teniente Garland. Ahora eran Connie y él. Solos en una urbe inmensa, vacía y silenciosa. Eran las diez de la mañana. Acaso más. Miró su reloj. Las doce. ¡Dos horas habían transcurrido casi, entre el momento de subir con Connie al aerovía y este momento! Dos horas… de sueño. Lo que él creyera un breve sopor duró casi dos horas. Y ahora… Ahora, a mediodía, a Nueva York no era sino un inmenso cementerio de asfalto, cemento, materias plásticas de construcción, hierros y vidrios…

—Vamos —dijo a Connie—. Salgamos del aerovía. No quiero que choquemos con alguno detenido en los cruces. Es mejor andar. Más seguro.

—Pero… pero comandante…, ¿es que estamos en… en…?

—¿En «Tierra Número 2»? Sí, creo que es justamente donde nos hallamos Han dispuesto de dos horas para el traslado. En dos horas hemos llegado adonde esto se encuentre, Connie. Yo mismo, la primera vez, debí hacer el viaje mientras dormía en mi lecho. Y desperté aquí. Por eso no había botella de leche, ni periódico, ni nada…

Deslizó el aerovía lentamente, hasta una elevada plataforma de parada, en pleno Broadway. Un Broadway que parecía muerto. Las calles tersas, límpidas, sin seres que las animasen. Los escaparates rebosando mercancías, sin compradores ni vendedores. Los vehículos parados aquí y allá, con sus matrículas habituales…

Bajaron allí, alejándose por una de las aceras del Nivel Cuatro, de la que descendieron con un aerotransporte, accionado individualmente, que funcionó como funcionaban los auténticos, en el auténtico Nueva York.

—Ahora comprendo —dijo Peter roncamente, mirando en derredor—. Es… es como una maqueta monstruosa, a tamaño natural. Un gigantesco decorado natural, dispuesto por unos colosos… Dios mío, es enloquecedor, Connie. Mire usted. Observe los detalles. Todo está perfecto, todo logrado. Sólo faltan aquí seres vivos, pulso humano… Eso no se puede fingir, después de todo…

Connie, impresionada por aquel silencio escalofriante, miraba en derredor con angustia, con vivo terror… Aferraba la mano firme de Peter Green, caminaban el uno al lado del otro, igual que dos pigmeos perdidos en un mundo ciclópeo y sin vida. Como si avanzasen por un petrificado bosque de cemento y asfalto.

Peter se paró ante un puesto de periódicos y de cigarrillos. Leyó los titulares. Era la Prensa del día, en Nueva York. El tabaco parecía legítimo. Cogió un paquete, lo abrió y extrajo un cigarrillo. Lo prendió con un fósforo de aquella ciudad. Sí, todo era normal, todo perfecto. Sabía a tabaco. Era tabaco.

Se pasó una mano por la frente. La retiró bañada en sudor. Todo era demasiado perfecto ¿Qué mentes diabólicas, de espeluznante sagacidad, se ocultaban tras aquella obra de titanes?

¿O es que, realmente, su teoría era falsa…, y aquello era realmente Nueva York…, visto así por algún prodigio ignorado?

Llevó a Connie a través de las calles desiertas. Sus pasos resonaban huecamente. En el cielo, azul y límpido, el sol parecía real, de su normal dimensión. Sólo su calor producía una impresión extraña, como de artificio.

Por fin se detuvo. Ante un edificio bien conocido, que esperaba ver sin concluir. Pero estaba totalmente terminado. Era el Rockefeller Center, donde se mató Garland.

—Dios mío, construyen con una rapidez inaudita, Connie —comentó—. O Garland se equivocó…

—No, no se equivocó, comandante Green. Usted es muy inteligente. Tanto, que por eso vuelve a estar aquí. Es el único que sabe la verdad completa. No seguirá la suerte de todos sus semejantes…

Peter Green y Connie se habían quedado petrificados.

Aquella voz… Peter la recordaba. Era la voz del teléfono. Y ahora sonaba a espaldas suyas, en la Plaza Rockefeller, perfectamente reproducida en aquella Tierra duplicada, gemela perfecta de la auténtica.

Lentamente, apretando la mano de Connie con mayor fuerza que nunca, se volvió hacia el que hablara tras ellos.

Supo, mientras lo hacía, que iba a encontrarse por fin con uno de ellos. Pero ignoraba todavía cómo eran… Y el velo final del enigma iba a descorrerse por vez primera… para el primer hombre.

Y quizá también para el último…
Ya se había vuelto. Ya estaba viendo a uno de «ellos»…

Capítulo IX

EL GRAN PROYECTO

RA escalofriante. Connie chilló, refugiándose en los brazos musculosos, fuertes, de Peter Green. Él la estrechó con firmeza, con calor, sin apartar sus horrorizados ojos del primero de «ellos», a quien veía, en aquella ciudad increíble que era el Nueva York desierto, sin un solo ser viviente…, aparte ellos dos y… y «aquello»…

Peter se resistía a darle nombre de ser, de ente, de forma creada por Dios. Parecía algo lejos de todo eso, una alucinante, estremecedora masa adiposa, que recordaba vagamente un feto humano, un ser a medio crear…, pero todo él formado de algo que no era carne. De algo que brillaba grasiento, color lívido, pulposo, blando y gelatinoso…

Tenía una especie de esfera o cabeza informe, con algo que recordaba vagamente unos ojos y una boca. Apenas tres ranuras, para todo eso. En su cabeza, o lo que fuese, se agitaban dos partes, a modo de bránqueas piscícolas, con un temblor de la masa gelatinosa, realmente repugnante. Tenía también un cuerpo alargado, hinchado, rematado por una especie de cola o única pierna, que se agitaba como un rabo grueso, puntiagudo, dejando

una baba fosforescente en el suelo.

Apestaba a amoníaco, a hielo artificial, emitía un aire helado, que provocó temblores en Connie, e incluso un leve escalofrío en Peter, aunque no sólo por su halo de frío glacial.

«Aquello» había hablado. Aquella especie de monstruoso ser vivo se agitaba, y sus pulmones, branquias o lo que fuese, vibraban con mayor rapidez e intensidad cuando hablaba, con voz perfectamente humana, ante el aterrorizado silencio de ambos humanos:

—Lamento haberme presentado de esta forma, Peter Green. Es la mía. La nuestra. Así somos originalmente los Tzaales. Pero podemos tomar otras apariencias, aunque por tiempo limitado… Como ésta, por ejemplo…

Se deformó increíblemente. Hubo una mutación asombrosa y estremecedora en aquella «cosa» espantosa que tenían ante sí. Fue como goma viscosa, distendiéndose, deformándose de increíble manera, adoptando apariencia humana, más de lo que nadie podía suponer. Su piel se tiñó de color carne, creció cabello en la pelada bola nauseabunda de su cabeza… y emergió una concreta forma humana, sin ropas encima, pero indiscutiblemente real en su apariencia. Igual cabello rojo, iguales ojos claros y profundos, igual cuerpo espléndido, escultural…

—¡Oh, nooo! —chilló Connie, lívida, abriendo sus ojos con horror infinito—. ¡Peter… Peter, sálvame! ¡Eso… eso… soy yo!…

Peter Green, mortalmente pálido, asintió, apretando contra sí a Connie con mayor fuerza que nunca, cubriéndole el rostro contra su pecho, para no asistir al horror de ver su contrafigura exacta, una nueva Connie, idéntica a la real…, pero bajo cuya apariencia hermosa ambos sabían que se ocultaba una realidad viscosa, de grasienta gelatina deforme… Peter ni siquiera advirtió que ella le hablaba como a un amigo, que ya no era «su comandante», sino el hombre en quien confiaba, el amigo, el camarada protector, ante el peligro alucinante inconcebible…

La falsa Connie esplendorosa y seductora como Eva, aunque sólo en su envoltura, rió burlonamente. Al hablar, para mayor horror, lo hizo con la voz misma de Connie:

—Ahora ya lo saben… Somos «mutantes», tenemos cualidades polimórficas, pero limitadas a cierto tiempo. Podemos ocupar muy

bien sus ciudades, vivir como ustedes…, sin que nadie lo observe. Y ustedes, entonces, vivirán aquí…, como en su propio planeta, señor Green… Es solamente un trueque. Les quitaremos un planeta y les daremos otro… exactamente igual. La «Tierra Número 2» como usted tan acertadamente la llama…

—¿De modo qué yo tenía razón? —Peter tenía que hacer un esfuerzo poderoso por mantenerse sereno frente a aquel prodigio horripilante—. ¿Era eso lo que se proponían?

—Sí, Peter Green. Somos muy poderosos. Tenemos facultades telepáticas que les asombrarían a ustedes, con sus limitaciones físicas y mentales… Lo malo es que nuestro mundo agoniza lentamente… y necesitamos otro. El suyo es bueno…, aunque un poco cálido para nosotros. Usted sabe bien lo glaciales que somos. Vio muerto a aquel orfebre…, sólo por un simple contacto nuestro. Podemos vivir entre hielo, a temperaturas increíbles…, para ustedes, naturalmente.

—¿De qué les servirá, entonces, la Tierra? Es un mundo cálido, cercano al Sol…

—Lo cambiaremos. Tenemos una capacidad de trabajo fabulosa. Usted lo ve, Green. Esto es una ciudad exacta a la suya. En todos los detalles. Poseemos minerales, materias, creamos las que nos faltan, copiamos absolutamente todo, con igual perfección que las joyas, los edificios absolutamente todo. Somos millones y millones de entes portentosos. La razón humana nada puede hacer frente a nosotros.

Green preguntó:

—¿Y éste es su mundo su planeta?

—No es exactamente un planeta. Ustedes le llamarían un asteroide gigantesco. Si, es nuestro mundo. Pronto desaparecerá, en algún caos. Su vida es corta, muy corta, porque su órbita le aproxima al Sol…, hasta que estalle. El calor nos es fatal, compréndalo. Este clima que respira está creado artificialmente, en una frecuencia tal que sólo ustedes lo sienten, pero no nuestra naturaleza…, mientras no nos transformamos, como yo ahora, en un humano.

—De modo que nos entregan su mundo…, a cambio del nuestro. ¿Y por qué crear ciudades exactas, en todo detalle? ¿Por qué realizar una segunda Tierra? Si, somos arrancados a la fuerza: nadie

podrá impedirlo. ¿Para qué engañar a los humanos?

—¡Oh!, usted lo entenderá rió el sosias de Connie—. Ya le dije que es muy listo. Debería saber que, trasladarlos aquí súbitamente, durante un sueño colectivo, en supernaves que tengo dispuestas, los humanos seguirán viviendo en estas falsas ciudades sin saber lo ocurrido. Para ellos la vida seguirá igual. Usted. Garland y otros, fueron solamente conejos de Indias. Queríamos comprobar si ustedes se adaptaban bien a la gravitación artificial que hemos creado, al clima producido para ustedes, por generadores de clima, ocultos en la corteza de nuestro asteroide… Elegimos hombres habituados a toda clase de experimentos, como auténticas piezas experimentales de gran calidad. Triunfamos. Usted sólo descubrió que no era Nueva York, por su soledad… y porque esa joya que estúpidamente, dejamos en su bolsillo, sin advertirlo, no era como las suyas en estructura mineral, si se analizaba cuidadosamente.

—Sigo sin saber para qué le interesa a usted y a sus semejantes que los humanos continúen la vida en este otro planeta, sin saber nada de su secuestro.

—¡Oh!, es simple. Así seguirán rindiendo normalmente, no sabrán que son esclavos nuestros, hasta el día en que, hecha la gran selección, los mejores cerebros y cuerpos humanos se utilicen por nuestra raza, en trabajos necesarios, allá en la Tierra, ya totalmente nuestra, para crear nuevas industrias y fuentes de riqueza y poder para nosotros.

Peter se estremeció, oprimiendo aún a Connie, a la verdadera y humana Connie, contra sí. Asintió lentamente, con la cabeza.

—Comprendo —susurró—. Creo que comprendo muy bien… Se trata de mantener un mundo de esclavos que no sepan que lo son. Para que así, llegado el momento, sin rebeliones, sin depresión física ni mental, sin malos tratos mientras dura el experimento, los humanos fríamente seleccionados pasen a ser los esclavos…

—Eso es. Entiende muy bien todo, comandante Green. Ya le dije siempre que, además de inteligente, tiene una capacidad asombrosa de adaptación a las más fantásticas y singulares circunstancias. Otro hombre, sometido a sus pruebas, hubiera muerto de miedo o hubiese enloquecido totalmente. Usted domina su voluntad de modo admirable. Igual que esa bella joven, a la que me he permitido «duplicar», como el día que le acompañé, sin usted

sospecharlo, para vigilarle más de cerca, para reírme interiormente de su desconcierto…

—Entiendo todo muy bien, sí. Por eso mismo preguntó ahora: una vez seleccionados los más fuertes, mental y físicamente, en ese experimento colosal, ¿qué será de los demás, de los débiles, de los que no se adapten?

—Los que no se adapten a nuestro gran proyecto…— se encogió de hombros la falsa escultura humana que era la contrafigura de Connie—. Esos perecerán, señor Green. Perecerán todos, al penetrar el asteroide en la órbita solar. Está saturado de hidrógeno en su interior. La proximidad del Sol le hará estallar como una inmensa bomba…, con toda la especie humana dentro…, excepto los seleccionados como superiores.

—Que serán sus esclavos —suspiró Peter, estremecido de angustia—. Dios mío, qué horrible destino…

Miró a lo alto, por encima de los rascacielos de la falsa ciudad, al falso sol que, tal vez, un simple sistema de reflejos en las altas capas de la atmósfera respirable del asteroide, hacía parecer tan cercano como en la Tierra. Peter rogó mentalmente a Dios que aquel horror nunca llegase, que la Humanidad no fuera exterminada y sometida de un modo tan cruel, tan solapado, feroz y terrible, sin que nadie pudiera advertirles, para que, como un solo hombre se pusieran en pie de guerra, a defender sus vidas, su destino, su mundo, contra aquel azote gelatinoso y cruel, llegado de muy lejos de zonas heladas en los espacios, donde los soles no alumbraban jamás…

Una super raza, inteligente y dotada prodigiosamente de facultades telepáticas y «imitantes»… Con un don inverosímil de capacidad de trabajo de copia perfecta, de esfuerzo titánico…, pero todo al servicio de su soberbia vil, de su ansia de vivir, a costa de quien fuese, aniquilando mundos y razas, si era preciso.

—Todo lo que piensa es cierto —rió «él», burlonamente—. Pero ya le dije que usted es demasiado inteligente para seguir el destino de los demás. Puede salvar su vida. Y la de su bella acompañante, sí quiere.

—¿Cómo? ¿Siendo esclavo de ustedes? —expresó Peter su desprecio con la voz.

—No del todo. Siendo… nuestro aliado.

—¿Yo? ¿Un ser humano… aliado de… de…?

—Aliado de «cosas» como nosotros, sí —dijo duramente el «extraño»—. Eso, o morir…, o ser esclavo. Son las disyuntivas que se le ofrecen, Peter Green…

—Nunca colaboraré con los enemigos de mi gente. Prefiero morir. Tampoco acepto la esclavitud.

—¿Ni siquiera… a cambio de la vida de ella? —rió el «extraño».

Peter tragó saliva. Miró intensamente a Connie. De repente comprendía lo mucho que ella representaba en su vida. No, no era solamente una compañera, una auxiliar de su labor oficial… Era Connie. La pequeña, bonita e inteligente Connie

Y ella también le miraba. Ella también esperaba la respuesta. Con una enorme expresión de avidez, de sorpresa, de ternura en sus ojos… Sintió contra su pecho las palpitaciones intensas del corazón de ella. Y susurró roncamente:

—A cambio… a cambió de la vida de Connie…, es diferente. Haré lo que sea…

—¡Peter! ¡Oh, Peter, mi vida!— musitó ella, estremecida—. ¡Es lo más maravilloso que jamás oí! ¡Pero no debes hacerlo, no debes!

Le aferró frenéticamente, besó sus labios con pasión intensa. Peter, ajeno ya a todo lo demás que le rodeaba en su terrible, dantesca aventura, también le devolvió el beso. Intensa, cálidamente…

«Él» rió burlonamente.

—En eso se diferencian de nosotros los humanos —dijo entre dientes, con sarcasmo—. Ustedes aman, sienten, vibran con sus sentimientos… Nosotros, no. Carecemos de corazón, de espíritu… Somos fríos, mecánicos, despiadados e inexorables. Por eso llegamos a todas partes. Por eso somos los más fuertes. Carecemos de debilidades…

Peter Green le miró estrujando contra sí, firmemente, a la joven.

—Debe ser horrible vivir sin sentir nada —dijo con aspereza—. Me causa horror…

—No me importa lo que le causemos. Somos los triunfadores. Lo seremos siempre. Tenemos facultades más poderosas que los sentimientos, absurdos y sensibles… Bien, Green, en su mano esta decidir… ¿Qué resuelve por fin?

—¿Ahora mismo?… ¿En este preciso instante?

—En este preciso instante, sí. Yo, Peter Green, soy el Superior, el Amo de toda mi raza, el que da las órdenes y lo dispone todo. Y yo el Superior, he ordenado ya que empiece «el gran proyecto». A estas horas la Tierra entera va a conocer un fenómeno atmosférico jamás visto… Y luego…, todo será diferente para ellos. Pero ellos jamás lo sabrán…

Capítulo X

EL PRINCIPIO DEL FIN

ORONEL BROOKS, todo está preparado para empezar los experimentos de radiaciones termonucleares. ¿Empezamos ya, señor?

Brooks miró fijamente al mayor Strudell, que había entrado en su oficina, portando un maletín de apariencia normal, azul y con el distintivo del Cuerpo Experimental del Ejército.

—Sí, mayor —asintió—. Empecemos ya. ¿Lleva la cápsula?

—Va aquí, señor —sonrió Brooks—. Protegida convenientemente, en la caja de metal aislante. La aplicaré a la superpila cuando se inicie el experimento. Antes, podría ser peligroso.

—Está bien —suspiró Brooks, incorporándose—. vamos allá y empecemos. ¿Sabe una cosa, Strudell?

—¿Qué, señor?

—Cada vez que hay un experimento echo de menos con mayor fuerza a nuestro buen amigo y compañero…

—¿Peter Green?

—Si, Strudell… La muerte de Garland me ha hecho pensar, ¿sabe? Hay algo raro en eso.

—¿Raro?

—En efecto. Green se negó a referir lo qué Garland pudo decirle antes de morir. Aseguró a la policía que nadie le creería. Y era mejor callar. Según él, Garland deliró.

—¿Qué es lo que supone entonces, señor?

—No sé… No sé… —Brooks se encogió de hombros—. Acaso también Garland estuvo en esa ciudad vacía que vio o creyó ver Green…

—Pero, señor… ¿Cómo puede pensar semejante cosa? —se asombró Strudell.

—No me mire como si yo también estuviera loco, mayor. He investigado ciertas cosas. ¿Sabía que el orfebre que examinó la joya que Green aseguró hallar en esa Nueva York desierta ha muerto congelado en su estudio? ¿Y que el hombre que dijo chocar con Green en su aerovía murió al caer por el hueco del elevador?

—No, no sabía nada de eso. Pero ¿qué explicación puede darle usted a todo ello?

—Ninguna, Strudell, ninguna. Y eso es lo que me preocupa. Cuando no entiendo una cosa que debería estar clara, el asunto empieza a no gustarme. No sé, no sé…, pero tal vez a Peter Green le sucedió realmente algo… —suspiró, con un gesto irritado—.

En fin, no entiendo nada. Vamos allá, Strudell. No aplacemos más la tarea del día…

Salieron del pabellón cruzando las pistas hacia el pabellón experimental. Strudell caminaba junto a Brooks, con su maletín azul cuidadosamente sujeto. El coronel alzó la cabeza. Sorprendido, miró al cielo, oscuro, encapotado, con densas nubes negras y rojizas, que presagiaban temporal. Frunció el ceño.

—Es raro —dijo—. Creí que la previsión meteorológica no anunciaba nublados hoy.

—Ciertamente, señor. Y así era— Strudell sonrió—. Pero también los meteorologistas se equivocan…

Brooks asintió, sombrío. No le gustaba aquel nublado. Iba a haber un buen temporal.

Ni él ni Strudell prestaron especial atención a la extraña forma de enroscarse y desenroscarse las gigantescas nubes que cubrían el cielo, como una densa amenaza.

Y, de repente, se desencadenó el Apocalipsis…

* * *

Un ciclón terrible, estremecedor, sacudió la tierra.

Y como un viento del infierno, arrasó calles, campos y mares. Fue un huracán pavoroso, un caos de nubes ingentes, que lo oscurecían todo. El viento parecía teñir de rojo lívido los cielos, relampaguearon con chispas cárdenas las nubes, mientras el polvo formaba nubes heladas y a la vez ardientes, a ras de tierra.

Fue como si llegase el día del Juicio Final. Un Caos, un Apocalipsis devastador… El aullido del ciclón lo conmovió todo. Y, como si aquel viento maldito llevara consigo alguna siniestra semilla de horrores, todo lugar por el que pasaba el huracán rojo, con una fina polvareda que azotaba los rostros de los humanos, de animales y de toda clase de seres vivos, la vida cesaba donde el azote del viento caía… Un silencio de muerte seguía al aullido del ciclón rojo… Las gentes, muertas o dormidas, se quedaron inmóviles, allí donde, inesperadamente les sorprendía el viento furioso.

Calles, campos, todo en absoluto, conoció aquella paz siniestra y súbita aquella calma desoladora. Los cuerpos humanos se quedaron inmóviles, tal y como estaban al recibir el maligno soplo…

Luego… sucedió algo más. Pero eso nadie lo vio. Nadie, en el lugar azotado por el ciclón, estaba despierto o consciente para verlo.

Las nubes se abrieron, fueron disipándose, como simple humo, y unas enormes naves circulares, auténticos «platillos volantes» de ingente volumen, empezaron a planear sobre el suelo terrestre, para recoger su humana cosecha de vidas, de cuerpos inertes…

Era el primer día del «gran proyecto». El primer rapto de miles de seres, con destino al asteroide de los tzaals…

La derrota de la Tierra había empezado. Una derrota frente a la cual ni siquiera habían tenido los humanos su oportunidad de luchar…

* * *

Peter Green, erguido en el puente de Manhattan del falso Nueva York, allá en el asteroide, giró el rostro demudado, para no ver lo que sucedía.

La gran nave circular se había posado sobre las aguas del río. Era la primera de la expedición de retorno de la Tierra. Empezaron a salir seres viscosos, horripilantes, idénticos al Superior, en su forma original. Trasladaban, sobre plataformas rodantes, los cuerpos inertes de los secuestrados en la tierra, dormidos e inconscientes.

—Dios mío… —musitó, angustiado—. Así vaciarán la Tierra…, para suplirla con monstruos espantosos… Y ellos ni siquiera lo sabrán…

Su corazón sufrió de pronto un sobresalto. Reconoció a los primeros expedicionarios inconscientes, que iban a ocupar su puesto correspondiente. Eran caras amigas, uniformes familiares… El coronel Brooks, el mayor Strudell, McKay, Malcolm… Todos, absolutamente todos aquellos que fueron sus camaradas en la Base. ¡Los primeros secuestrados eran los de la Base militar de Experimentación, cercana a Nueva York!

—¿Eh? ¿Qué significa eso? —jadeó, aturdido el muchacho.

Nadie le respondió. Connie, junto a él, ignoraba la respuesta, como él mismo. Eran los únicos terrestres con trato especial en el asteroide. Pero la amenaza del Superior había sido rotunda: «Una traición, un informe revelador a los demás cautivos que iban a creer que continuaban en la Tierra, y Connie sería la primera en caer. Luego, él. Y después, todos aquellos que lo hubieran escuchado. Además…, ¿llegarían siquiera a creer en él, que ya una vez estuvo señalado por visionario? »Esta verdad de ahora aún resultaría más inverosímil para todos los que pudieran oírla…

Peter Green no tenía ninguna esperanza. Y menos ahora. Tuvo un oscuro, sombrío presentimiento al ver a sus compañeros en primer lugar. Eran gente seleccionada, personas capacitadas para llegar a sospechar algo cualquier día, hombres adiestrados en los más complejos experimentos. Sin duda, un estorbo para el «gran proyecto» de los tzaals.

Apartó de sí la idea horrible. No, no podía ser que el destino de los secuestrados fuera el que sospechaba. A fin de cuentas, alguien había de ser el primero. Y por Garland sabía que la Base estaba

reconstruida también, en aquel fiel duplicado de la Tierra. Seguramente serían destinados allí, para que siguieran su labor, ignorante de lo que sucedía en torno suyo, ajenos por completo al fabuloso fraude interplanetario de que era víctima el género humano…

Pero el temor quedaba. Agazapado dentro de él, como una serpiente al acecho. Presentía que, aun dentro del horror, otros horrores aguardaban… Nada podía esperarse de una raza feroz, cruel, sin sensibilidad ni corazón…

Peter Green hubiera querido encontrar un medio, uno solo de salvar la vida de Connie, para salir de aquello, para poder enfrentarse rebelde, para morir, si era preciso, pero luchando contra la pavorosa amenaza de los mundos habitados.

Quizá no merecía la pena la lucha. Quizá Connie moriría igual, o sería convertida en una esclava de los tzaals, que acaso fuera peor destino que la misma muerte. Pero Peter Green amaba a Connie. No se sentía con fuerzas para dejar de protegerla. Por otro lado, tampoco quería consumar una traición monstruosa contra sus semejantes, contra sus amigos, camaradas, contra toda la Humanidad en pleno…

Se apartó del puente de Manhattan. Abatido, con la cabeza hundida entre los hombros, virtualmente derrotado por el tremendo peso de su hecatombe personal, y por el fin aterrador de la especie humana, como dueña absoluta de sus propios destinos.

—Peter, ¿qué te ocurre? —susurró Connie, que era también como un espectro de sí misma—. Peter, por Dios…, ¿qué es lo que va a ocurrir en el futuro?

Peter dijo:

—No sé, Connie… Ni siquiera sé si existirá un futuro para nosotros…

Llegaron al final del puente. En la distancia, vehículos de apariencia terrestre, de matrículas perfectamente copiadas, iban trasladando, en caravana, los cuerpos inconscientes de los militares y técnicos, hacia la reproducción de la Base inmediata a Nueva York. Como mercancías, como simples muñecos, como unas marionetas de un trágico guiñol.

Y allí estaba el Superior. Ahora no tenía el aspecto físico de Connie, sino su horripilante apariencia viscosa, blanda, de gelatina

viscosa, grasienta y blanda, realmente nauseabunda. Connie, instintivamente, se ocultó en Peter, para no ver el horror viviente. El ex comandante, más sereno y firme, soportó con entereza la visión estremecedora.

—Ya llegaron sus amigos —dijo lentamente el Superior—. Usted va a ir con ellos, Peter Green…

—¡No, no! ¡Con ellos no! —jadeó Peter, maltrecho—. No tendría valor…

—Debe tenerlo. Connie depende de usted —le recordó la masa amorfa, con una palpitación constante y repulsiva de su cráneo—. Recuérdelo.

—Bien… ¿Y qué debo hacer allí?

—Ir a visitarles, dar sensación de normalidad, fingir que todo sigue igual. Y que usted ya no piensa tonterías de aquéllas. Dé la menor señal sospechosa a uno de ellos, y ya sabe lo que sucederá… ¿Enterado, Green?

—Sí, señor…— suspiró Peter—. Haré mi papel…, como usted indica.

—Recuerde nuestro poder. Somos telépatas formidables. No podrá eludir que leamos sus pensamientos, aun a distancia. No tienen escapatoria. Vaya, Green. Y pórtese bien. Yo tengo que salir en breve hacia la Tierra, a dirigir la operación. Una nave me espera.

Se alejó. Peter y Connie se abrazaron, desolados, bajo aquel cielo extraño y frío, lejano del suyo, que solamente una potente calefacción especial mantenía a su temperatura…

—Dios mío, Connie —susurró, agobiado—. ¿Qué va a suceder? Somos como autómatas, como marionetas en sus manos… No tenemos escapatoria, ¿oíste? No tenemos escapatoria…

* * *

Resultaba enloquecedor. Precisamente en su propia normalidad, en su apariencia cotidiana. Era un día más en la Base. Cada uno actuaba como si continuase una tarea, que interrumpió cuando el huracán rojo, allá en la Tierra…, reanudándola ahora, en un lejano asteroide, más allá de Plutón adonde una nave espacial de origen extraterrestre les había conducido, sin ellos saberlo ni sospecharlo siquiera.

Peter Green se había presentado como un visitante civil, había estrechado la mano de todos sus amigos y compañeros, le habían sonreído y dicho frases triviales, como si nada sucediera. Y él, angustiado, tenía que seguirles la corriente, hablar cordial, intrascendente…, sin poderles avisar de lo que sucedía, de lo que tenía que suceder aún…

Strudell le pidió disculpas. Había un importante experimento, mientras el mayor se disponía a entrar en el pabellón de experimentos, un pabellón idéntico al real, donde tantas veces entrara con sus camaradas.

—Vamos a experimentar, por fin, el Proyecto Z —explicó Brooks suavemente—. Ahora.

—¿El… Proyecto Z? —Peter había oído hablar sobradamente de él. Sabía lo que era, y algo tintineó allá, en el fondo de su mente. Lo alejó en seguida. No. No debía pensar. O «ellos» captarían sus reflejos mentales. Tenía la suficiente voluntad para, una vez en conocimiento de ese peligro…, eludirlo de forma apremiante. Procuró hablar normalmente—: ¡Oh!, entiendo. Me hubiera gustado participar en él, señor. Lástima de lo ocurrido.

—Sí. Lástima —Brooks le miró, escudriñador—. Yo, Green, siempre he dudado si realmente estaba usted desquiciado como decían… He estudiado su caso. Es muy extraño…

—Mucho, señor —Peter Green le miró fríamente—. Pero olvídelo. Estaba loco. Jamás estuve en una ciudad desierta. ¿Cómo iba a estarlo? Era un disparate. Sería… sería tan absurdo como decirles ahora a ustedes que todos estábamos en esa ciudad, sin saberlo. ¿Cómo iban a creerlo, señor?

Brooks parpadeó. Advirtió el gesto tenso de Peter Green. Éste continuó duramente:

—Sería como suponer que existen seres de otros mundos, capaces de prodigios así, capaces de leer la mente humana, de conocer sus pensamientos a distancia y neutralizarlos. Si yo hablara de eso, no estaría mucho más loco de lo que estuve entonces, señor. Olvídelo, por favor. Espero algún día recuperarme… y volver con ustedes, como un ser normal.

Saludó, alejándose. El coronel Brooks le contempló, sorprendido. Peter Green, a paso rápido, avanzó en la misma dirección que Strudell. Procuraba no pensar, no expresar nada en su mente. La

tenía en blanco, con un esfuerzo de voluntad inaudito. Pensaba cosas triviales. O en Connie, rehén constante de los tzaals. O en los propios tzaals. En ningún momento repetía su mente la frase clave, el pensamiento básico de su loca idea de ahora: Proyecto Z…

Él sabía muy bien lo que era. Como sabía lo que contenía el maletín azul de Strudell, caminando allí, ante él, ya ante el muro del pabellón, en espera de los jefes y observadores del experimento. La cápsula Z-1 iba en el maletín. Un proyecto alimentado durante años… lo iban a realizar ahora. La cápsula…

Todo aquello lo sabía. Pero no lo pensaba, no detenía su mente en ello. Lo rechazaba violentamente, para no ser interceptado por la fuerza telepática de los tzaals.

Si ellos supieran… Si el Superior lo advirtiese, por un solo momento…, la última esperanza humana se extinguiría.

Peter Green alcanzó a Strudell en el túnel de acero al interior del pabellón. El mayor, sorprendido, se volvió.

—¿Eh? ¿Qué hace aquí, Peter? —demandó, sorprendido—. Usted ya no tiene permiso para…

Peter no le dejó acabar. Le soltó un martillazo brutal en la sien, con su puño derecho, y un zurdazo tremendo al mentón, que dobló al mayor, derribándole luego en el desierto túnel. Peter, sin perder segundo, sin pensar aún en nada, tomó el maletín. Lo abrió, rompiendo el precinto de seguridad. Allí estaba. Vio la caja metálica, hermética, también sellada en dos puntos. Rompió esos sellos violentamente. Movió la tapa de la caja, la arrancó por completo.

Sus ojos vieron apenas un segundo la cápsula. Cilíndrica, oscura, levemente brillante… Cerró en seguida el maletín. Tenía que hacerlo, o moriría. Aunque ahora quizá la muerte fuese lo de menos…

Salió a la carrera del pabellón. Los jefes y técnicos venían ya hacia él. Peter se detuvo un instante. Le vieron. Gritó uno, Brooks le miró, asombrado. Luego, Peter lanzóse dentro de un «jeep» a reacción, pulsó el resorte de marcha y arrancó vertiginosamente.

Cruzó por entre los militares, como una centella. Surgieron disparos de varias armas, que trazaron estrías llameantes sobre su cabeza. Peter voló materialmente, cruzando la puerta amplia de la base, por el procedimiento expeditivo de lanzar contra ella el

«jeep». Éste rasgó el metal, surgiendo como un proyectil a la carretera.

Atrás, en la falsa Base, las sirenas aullaban, dando la alarma. Peter, al volante, se dijo que hasta en ese detalle habían sido los prodigiosos tzaals fieles a la realidad.

Sentía arder su faz, sudar sus manos, aferrando el volante. La proximidad de la cápsula Z, sin protector, empezaba a surtir sus efectos. Mortales efectos…

Su mente iba hilvanando pensamientos. Pensamientos que no controló: «Tengo que evitar que realicen su proyecto en este asteroide. Lo destruirían, con todos nosotros dentro… Debo salvar a Connie de todo peligro…, aunque sea traicionando a los míos y dando ayuda a los malditos tzaals. Ellos podrán sacar rápidamente del planeta esta cápsula endiablada…»

La idea se repetía exhaustiva en su mente. Las ideas de un hombre, traidor a su raza, a sus gentes… Pero Peter Green parecía ya no darse cuenta de nada, absolutamente de nada, que no fuera desprenderse de aquella cápsula del Proyecto Z. sacarla del planeta «Tierra Número 2», fuese como fuese…

El «jeep» a reacción cruzó el puente de Manhattan. Allí esperaba Connie. Pero allí, en el río, a punto de partir, estaba la supernave del Superior, con miles, con millones de tzaals dentro. Era el grueso de la fuerza, que partiría para la Tierra, a sustituir, con su capacidad «matante», a los terrestres secuestrados. Y que volverían con el Superior, trasladando a millones de hombres dormidos, hacia su nuevo planeta artificial…

Allí estaba el Superior. Erguido al final del puente. Agitó sus extremidades blandas, gelatinosas, en un gesto rotundo. Su voz chirriante se elevó, poderosa:

—¡Alto, Green! ¡Detente ahí! Sé lo que ocurre… He captado tus pensamientos, aun a distancia. Eres un leal servidor. Aunque por salvar a Connie seas capaz de todo, no esperaba tanto de tí. Dame ese maletín, pronto… Lo llevaremos en la nave. Y lo dejaremos caer, una vez en el espacio exterior del asteroide. Es peligroso, ¿verdad, Green?

—Muy… muy peligroso… —jadeó Peter, que sentía la ardiente radiactividad dentro de sí. Lo aniquilaría todo… Este asteroide no tiene densidad ni volumen… para soportar su reacción térmica.

Gracias a Dios que has captado lo que pensaba… Destrúyelo pronto. Será lo mejor que puedas hacer. Y malditos seáis, por obligarme a hacer esto…

—Creo que vivirás —rió el Superior, moviendo su amorfa, horripilante masa blanda—. Vivirás por este gran servicio… Volveremos pronto con millones de seres en la supernave. Ahora, aquí quedan unos pocos de mis tzaals. Bastarán, puesto que nadie iba a creer tu historia, Green, aunque pensaras en rectificar. La victoria es ya nuestra… Quedaos aquí Connie y tú. Pensaba llevarla conmigo en este viaje, para mayor seguridad. Pero veo que puedo confiar en ti. Aunque sea por la seguridad de ella. Peter Green…, eres un leal auxiliar…

Hizo un gesto, y un puñado de pegajosos tzaals cargaron con el maletín. Era evidente que les hería su calor, pero lo soportaron. Subió el azul maletín de los técnicos y expertos militares americanos al plato gigantesco volador. Más allá, otro vehículo espacial, otro platillo volante mucho menor, esperaba también su turno de partida. Evidentemente, tardaría más en salir. No había nadie a bordo, en apariencia.

Peter Green rogó mentalmente que así fuese. Tal vez para Connie, para los demás de la Base, hubiera una esperanza aún, si todo continuaba así…

El maletín azul estaba ya en la nave espacial. El Superior, el absoluto y total Amo de los tzaals, subió a la nave también. Se volvió aún para mirar a Peter desde arriba. Luego, la portezuela del gigantesco disco volante se cerró. Rugieron sus superreactores a fotones, iniciando la partida.

Peter Green, lívido, sudoroso, estremecido, sintiendo rezumar el sudor por todos sus poros, ardiendo su piel contaminada de la poderosa radiactividad de la cápsula Z-l retrocedió paso a paso, viendo elevarse en el falso cielo del asteroide aquella enorme obra de astronáutica de los formidables obreros que eran los tzaals, seres capaces de reproducir un mundo. Aunque por el momento, la reproducción se hubiera limitado al área de Nueva York. Al menos, en lo que él había visto…

El disco volador se alejó, se alejó con su vaporosa masa de invasores blandos, camino de la auténtica, lejana Tierra…

Peter Green se dejó caer, sollozando al final del puente. Connie

corría hacia él. Peter alzó sus ojos, humedecidos de llanto, y jadeó, agitando frenético las manos;

—¡No! ¡No avances, Connie! ¡No te acerques! ¡Mi contacto mata! ¡Estoy saturado de radiactividad! ¡Voy a morir!

—¡No, Peter, por Dios! —gritó ella—. ¡En la Base tienen cámaras de antiradiactividad! ¡Pueden salvarte aún…!

—No… no puedo volver allí… Ellos creerán siempre que les traicioné… —jadeó Peter—. Nunca creerían la verdad. Dísela tú…, cuando yo muera…, si aún salvamos al mundo…

—Sí, Peter. Pero, por Dios, ¿qué hiciste?

—En esa nave…, el Superior se lleva la cápsula Z1, la primera producida en la Base, para experimentar. Saben que genera más calor del que soportaría este asteroide…, pero no saben que en el espacio, en un vehículo movido a reacción, estallará en pocos segundos, destruyéndolo todo… Y la proximidad de motores lo hace saltar… Era, justamente, el experimento que iba a realizarse…, pero dentro de una caja hermética… Yo… yo quité la tapa a esa caja… y engañé al Amo de los tzaal con pensamientos falsos, formados para convencerle…

En aquel momento, por el final del puente surgieron varios «jeeps» a reacción. Eran los hombres de la Base. En persecución de Peter, habían entrado en la ciudad…, ¡en la ciudad aún desierta!

Tras ellos, una masa de tzaals intentaba cortarles el paso, generando un frío que estremeció a Peter como una ola de muerte… Vio a Strudell, a Brooks, a todos, armados. Peter gritó roncamente: —¡Disparad contra ellos! ¡Usad cargas térmicas! ¡No soportan el calor!

Brooks asintió, Todos los militares estaban lívidos. De estar allí el Superior, aquello hubiera sido su sentencia de muerte definitiva. Pero el Superior y la masa de invasores estaban ya en el espacio…, con una cápsula Z-l, de mortal poder térmico, a bordo. No les daría tiempo a deshacerse de ella…, si es que Dios protegía aún a la raza humana.

Los disparos térmicos, desde los jeeps, no hicieron mucho daño a los tzaals, salvo en un pequeño núcleo, pero les forzó a distanciarse. Y entonces…

* * *

Entonces, en el cielo, el diminuto disco volante que era la supernave, rumbo a la Tierra, se convirtió en centelleo cegador, alucinante. Un fragor horrible retumbó en las altas capas atmosféricas hizo vibrar el suelo del asteroide y conmovió a todos cuantos lo pisaban.

¡La supernave de los tzaals se hizo pedazos en el espacio, se disolvió, en un estallido delirante, de horror y de muerte, al llegar a su punto Cero la cápsula Z-l!

—Dios mío… —musitó Peter Green, sollozando—. ¡Lo logramos… lo logramos, Connie!

El resto de los tzaals, ante el caos del espacio, que les dejaba sin jefe y sin gente, se dispersó, tras un instante de inmenso estupor por parte de las abominables criaturas gelatinosas.

Brooks y sus hombres comenzaron un rabioso tiroteo contra ellos, utilizando cápsulas térmicas. El mayor Strudell corrió hacia Peter, y Connie avisó:

—¡Cuidado, mayor! ¡Está saturado de radiactividad!

—Lo imagino —dijo Strudell roncamente, llegando junto a Peter, tras una mirada de horror a la ciudad muerta que les rodeaba —. Hizo algo grande, Green. Ahora seremos dos los saturados. Pero en la Base nos salvarán inmediatamente…

—¿Ahora… ahora ya saben todo? —jadeó Peter.

—Claro. Y lo vemos con nuestros ojos. Fuimos unos locos al no creerle, Green. Pero esto resultaba inimaginable. El coronel sospechó algo, al verle huir con la cápsula. Y al seguirle, vimos todo desierto, vimos a los tipos esos pulular por los caminos y huir primero ante nosotros, para agruparse luego. Es un horror, Peter, pero creemos ya en él, sabemos que es cierto. ¿Dónde estamos ahora?

—En un asteroide lejano, Strudell…, más allá de Plutón. Vigilen esa otra nave que queda ahí. La necesitaremos para volver a la Tierra…, y terminar con los supervivientes de esa maldita raza. Ahora que han perdido a su Amo, creo que ya no son de temer… Luego, la «Tierra Número 2» quedará destruida. Es el fin, Strudell…

—Sí, pero no para usted, Green. Volverá al Ejército, seguramente como coronel… —sonrió a Connie—. Y usted como capitán…

—No, mayor —sonrió ella—. Yo…, como señora Green. Es más hermoso aún…

Peter Green la miró, apasionadamente. Sí, era más hermoso. Eso era lo más hermoso de todo, tras el horror vivido. Era el auténtico fin de la pesadilla vivida en «Tierra Número 2»…

Los humanos eran aún los más fuertes. Eran criaturas de Dios…

FIN

La desaparición en el espacio de *Miss América 1970* fue el principio de aquel enigma alucinante y aterrador.

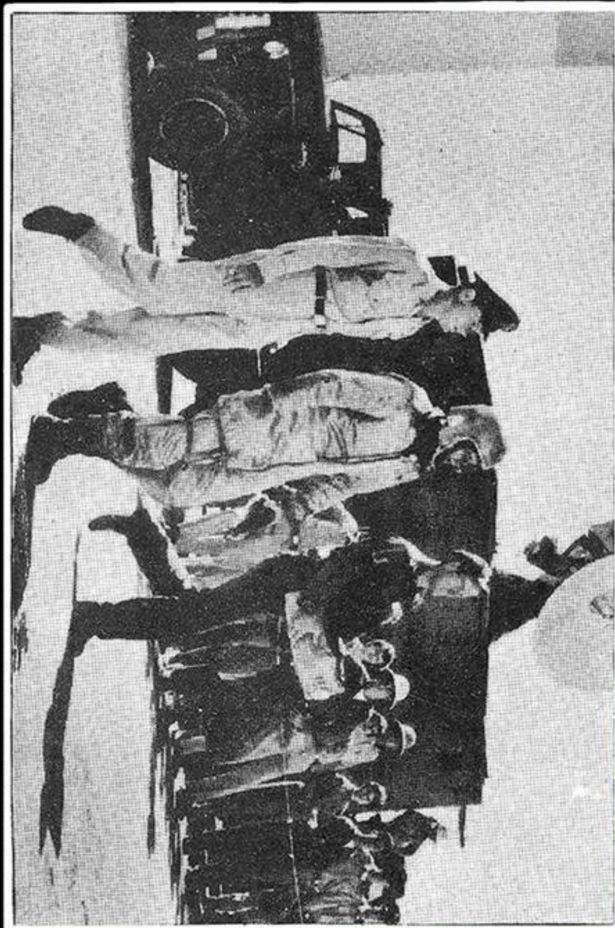
¿Ocultaba el rostro del viejo chino, dueño de la más rica y a la vez más siniestra tienda de antigüedades, la verdad de aquella desaparición en el Espacio?

¿Por qué *Miss América 1970* estaba en la colección de figurillas de aquel

MUSEO DEL ESPACIO

ORIGINAL… INQUIETANTE… ¡UN MISTERIO DE ANTICIPACIÓN SIN PRECEDENTES EN

MUSEO DEL ESPACIO





Escena de la película ON THE THERESHOLD OF SPACE
(20th Century Fox)

Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 12 pesos.